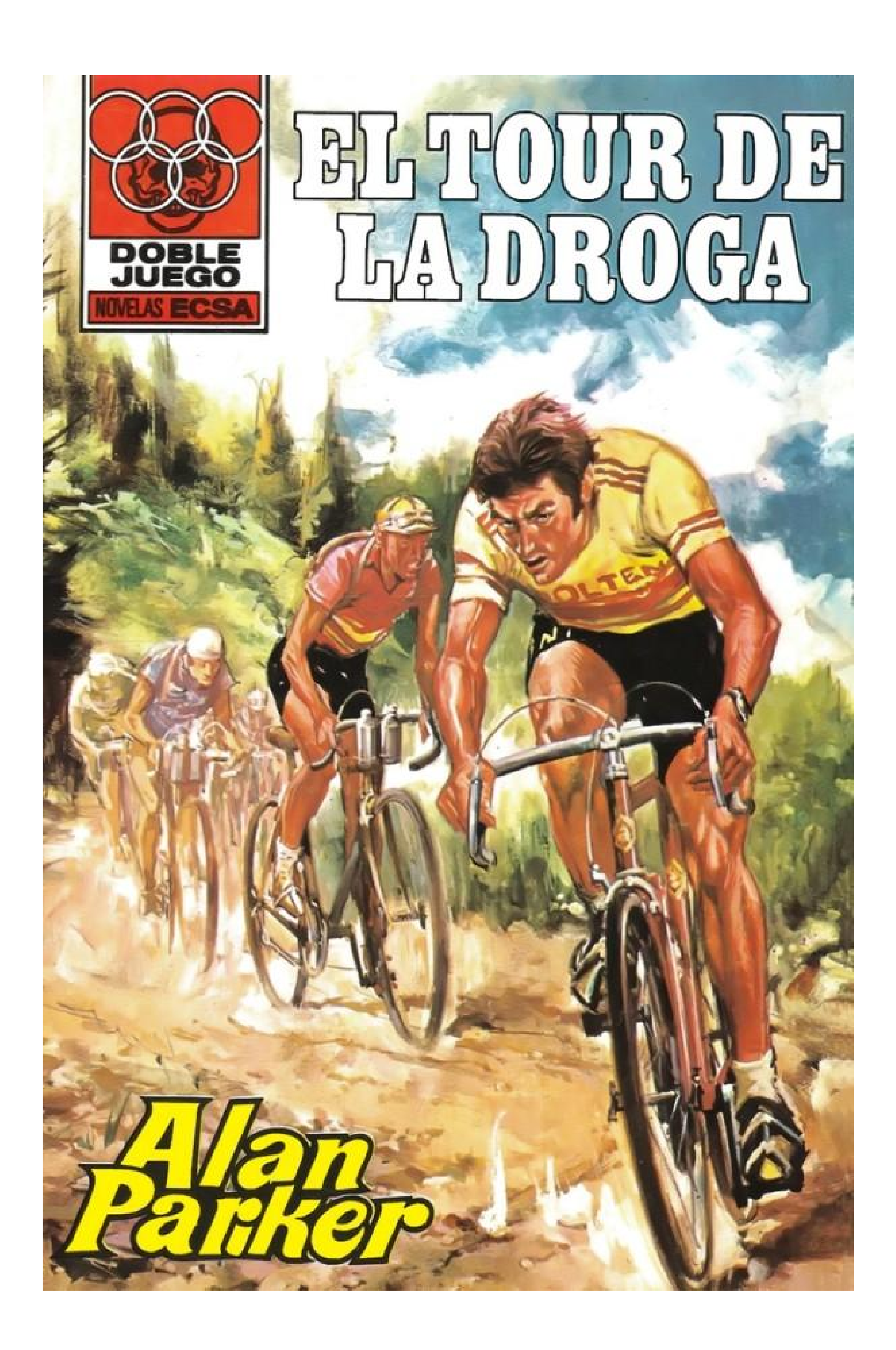
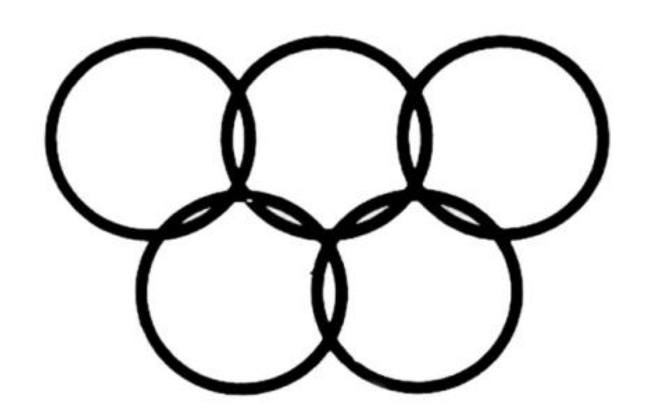

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
EL TOUR DE
LA DROGA
Alan
Parker



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

ALAN PARKER

El tour de la droga

Colección
DOBLE JUEGO n.º 30
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 30.061-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1982
2.ª edición en América: abril, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8 Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Faltaban tan solo cuatro días para que comenzara el Tour de Francia y René Chabrol, director del equipo Martell, ya lo tenía todo previsto para llevar a su equipo a la victoria.

Se trataba de un individuo de cincuenta y tres años, excampeón de Francia, tres veces ganador del Tour y una del Giro. Había sido un gran corredor, con un fondo físico impresionante, que jamás había dado una carrera por perdida.

Eso era al menos lo que todo el mundo sabía de él.

Pero había algo más.

Mucho más...

* * *

Chabrol echó un último vistazo al itinerario del Tour antes de doblar el mapa y guardarlo en una vieja cartera de cuero. Luego, se levantó de su pequeña mesa de trabajo, encendió un cigarrillo y se acercó al ventanal desde el cual se podía contemplar la extensa viña de aquella parte de Melun, una población bastante cercana a París. Era un lugar tranquilo y relajante, lejos del ruido y de la contaminación de la capital.

Chabrol tenía allí una pequeña granja, no era gran cosa pero le daba para vivir decentemente. Sin embargo, él necesitaba más...

Sonó el teléfono.

Chabrol se apresuró a descolgarlo.

—¿René? —era la dura voz de Colin.

—Sí...

—Te espero en mi despacho esta noche a las nueve, ¿te parece bien?

—De acuerdo.

Después de colgar, Chabrol se sirvió un *cognac*. De repente había sentido frío. El frío que produce el miedo.

Miró a su alrededor. Cuadros con fotografías de sus carreras... trofeos, medallas... aquel era su mundo, el mundo de un gran

excampeón de ciclismo que ahora se encontraba al borde del abismo, a punto de tomar parte en su última y definitiva carrera…

* * *

Jean Colin, alias «Dandy», era un tipo ampliamente relacionado con el mundo del hampa.

Por sus ágiles manos de jugador empedernido, se entrecruzaban los hilos del juego, de la prostitución y de la trata de blancas.

Era pequeño y nervioso, siempre elegantemente vestido.

Tenía una mirada astuta y fría.

Jean Colin habría vendido a su madre si con ello hubiera sacado una buena tajada.

Su elegante despacho estaba totalmente tapizado de rojo, la luz era tenue y apenas se podía respirar allí dentro a causa del humo que despedían los cigarros puros que fumaba uno detrás de otro.

Cuando René Chabrol entró allí, Colin le estaba esperando sentado tras su mesa de despacho. Al verlo sobresalir de aquel modo por encima de la misma, se tenía la impresión de que era mucho más alto. Naturalmente, había truco.

Colin tenía el culo sobre tres cojines.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó a Chabrol.

—Un *whisky* no me vendría mal.

Colin chasqueó los dedos y apareció una encantadora muchacha. Llevaba puesto un uniforme de camarera bastante original; era transparente. A René le pareció tremendamente sugestivo, pero no abrió la boca. La chica pasó por su lado con una simpática sonrisa y despidiendo un agradable olor a perfume. Sus pechos, pequeños y redondos, se movían hacia arriba y hacia abajo, hacia arriba y hacia abajo…

—Te gusta, ¿eh? —Colin sonrió entre dientes.

—No está nada mal —respondió Chabrol.

También él intentó sonreír pero solo le salió una mueca.

La chica le entregó el vaso con el *whisky* y luego hizo lo propio con su jefe.

—Retírate, nena —le ordenó Dandy.

Y la nena obedeció desapareciendo tras unas cortinas de color rojo y moviendo el trasero de forma incitante.

—Tiene solo diecisiete años —aclaró Colin—. Y no me costó demasiado cara. Sí, fue una buena adquisición…

Chabrol sintió asco de aquel tipo y también de sí mismo por estar en sus sucias manos.

—Bien, René… —Colin sacó un cigarro puro del bolsillo superior de su impecable americana, mordió la punta, la escupió y lo encendió parsimoniosamente—. Mi contable me ha dicho que debes un buen pellizco…

—Es cierto.

—¿Cincuenta mil?

—Casi.

—Eso es mucho dinero, René.

—Llevo muy mala racha últimamente.

Dandy dejó escapar una densa bocanada de humo y durante unos instantes se entretuvo en observar al excampeón.

—Qué tiempos aquellos… ¿verdad, René? —dijo de pronto.

—¿A qué te refieres?

—¡Hombre, a cuando eras un campeón! Debiste ganar mucha pasta por aquel entonces.

—Sí, no podía quejarme. Los de la Aster Chemical pagaban bien. Muy bien.

—Sin embargo ahora… —Colín hizo un gesto ambiguo con la mano que sostenía el puro.

—Hago lo que puedo.

—Pero un gran excampeón de Francia como tú dirigiendo un equipo de segunda fila… ¡La Martell! ¡Bah! Una firma de mierda. ¿No es cierto, René?

—¿A dónde quieres ir a parar, Colin? —preguntó con impaciencia Chabrol.

Dandy saltó de los cojines y se acercó a René. El cigarro puro abultaba casi tanto como él.

—Muy sencillo, amigo mío —respondió Colin entre dientes—. ¿De dónde diablos piensas sacar los cincuenta mil que me debes?

—Te los iré pagando poco a poco.

Colin se echó a reír.

—¿Crees que esto es una tienda de electrodomésticos, René?

—No puedo hacerlo de otro modo.

Los ojos de Dandy se volvieron cabezas de aguja. Aplastó con

rabia el cigarro puro en un cenicero en forma de falo.

—Si sabías que no ibas a poder pagarme ¿por qué diablos jugaste? —ladró.

—¿Y tú me preguntas eso? ¡Maldita sea, Colin! Cuando alguien como yo lleva el juego en su sangre, nunca se detiene. Siempre piensa que la siguiente mano va a ser la definitiva o que la bola va a caer en el número por el que ha apostado todo lo que le quedaba en los bolsillos.

Colin encendió otro cigarro.

—Ese no es mi problema, René —dijo después—. Yo siempre gano. Siempre. Tú, no. Yo soy un ganador. Tú eres un perdedor nato. Ahí está la diferencia.

—Algún día cambiará mi suerte. Estoy seguro.

—Lo deseo por tu bien, pero mientras tanto tienes que saldar la cuenta que tienes conmigo.

—Espera a que termine el Tour, Colin.

—No puedo esperar tanto. Por lo menos, págame la mitad.

—No tengo tanto dinero.

—Puedes encontrarte con problemas muy serios —amenazó Dandy—. Ya sabes que no hablo por hablar.

—Lo sé. Colin, te prometo que cuando termine el Tour, te pagaré hasta el último franco que te debo.

—¿Y de dónde vas a sacar tanta pasta? Porque no creo que los de la Martell vayan a ser tan espléndidos.

—Ya se me ocurrirá algo. Lo que necesito es tiempo, Colin. Por favor, confía en mí.

Dandy alargó su corto brazo y agarró el vaso de *whisky* que había dejado sobre la mesa de despacho. Lo apuró de un trago y volvió a dejarlo en su sitio.

—De acuerdo, René —dijo después—. Tienes de plazo hasta que acabe el Tour. Pero no olvides lo que te digo. Si para entonces no me pagas lo que me debes, puedes verte en apuros, ¿comprendes?

—Comprendo.

—Alguien podría incendiar tu granja…

—¡No, eso no! ¡Es lo único que tengo, Colin!

Dandy se volvió de espaldas y se encaminó hacia sus cojines diciendo solamente:

—Puedes retirarte, René. Hemos terminado.

De repente se volvió.

En su boca había una sonrisa siniestra.

—Por ahora… —añadió.

* * *

René Chabrol abandonó la guarida de Jean Colín bajo una persistente lluvia. Su granja quedaba bastante lejos pero no le importaba. No tenía excesivas ganas de llegar allí y encerrarse con sus recuerdos. Prefería caminar, ahogar su bilis en aquella lluvia.

Estaba en manos de aquel tipo sin escrúpulos y lo sabía. Y lo que era peor, no veía el modo de escapar. Porque era evidente que al terminar el Tour, no dispondría de los cincuenta mil francos. Pero al menos, de momento, había conseguido parar el golpe…

Llegó empapado a su granja, se quitó la ropa, se puso un albornoz y bajó al pequeño salón. Se sirvió un *cognac*, encendió un cigarrillo y se dejó caer en su butacón favorito, cerca de la chimenea en la que ardía un fuego reconfortante. Tenía que hacer algo para conseguir los cincuenta mil francos. De la Martell conseguiría menos de la mitad. ¿De dónde sacaría el resto?

Se quedó dormido pensando en ello.

* * *

Paul Gavin tenía veintitrés años.

Era un excelente ciclista y la figura indiscutible de la Martell. Los directivos confiaban ciegamente en él para hacer un brillante papel en el Tour y los más optimistas hasta pensaban que podía ganarlo.

Antes de pasarse al profesionalismo, Gavin había sido varias veces campeón *amateur*. Cuando la Martell lo fichó para su equipo, Paul tenía veinte años recién cumplidos. Desde entonces su fama había ido en aumento y algunos ya se aventuraban a pronosticar que llegaría a ser mejor que Hinault.

Pero Gavin no lo había hecho todo él solo. Alguien le había ayudado mucho. Un hombre con gran experiencia, un gran excampeón; René Chabrol.

René fue el primero en saber explotar las espléndidas cualidades

de Paul. Le hizo trabajar duro, muy duro, sin desmayo. Ahora, ese esfuerzo, empezaba a dar sus frutos.

Aquella mañana, Paul se levantó más temprano que de costumbre. El Tour estaba a la vuelta de la esquina y tenía que entrenarse a conciencia si quería estar en plena forma.

Se duchó, se puso un chándal de la Martell y se dirigió al cuarto donde dormía su padre. Aquel hombre de cabellos blancos, de rostro enjuto y cansado y que ahora dormía plácidamente, era el ser más querido para Paul Gavin. Idolatraba a aquel que le había dado la vida, como a algo sublime y único.

Cuando poco después Paul se encontraba desayunando en la cocina, se abrió la puerta de la misma y apareció la buena y rolliza señora Romy.

La señora Romy hacía las veces de ama de llaves y de enfermera del padre de Paul, enfermo desde hacía varios meses.

—Buenos días, Paul —saludó la mujer.

—Buenos días, señora Romy.

—¿Qué tal ha pasado la noche tu padre?

—Oh, estupendamente. ¿Sabe? Creo que se va a recuperar.

—Seguro…

—He pensado que en cuanto termine el Tour, podríamos irnos unos días de vacaciones a Chilly-Sur-Mer ¿qué le parece?

La mujer sonrió y se sentó junto al muchacho. Puso una de sus rollizas manos sobre las de Paul y dijo:

—Sé que quieres mucho a tu padre y que lo que voy a decirte te parecerá duro, pero él está muy enfermo y no puede moverse de aquí.

—¡Mi padre es tan fuerte como yo, señora Romy! —exclamó Paul.

Ella volvió a sonreír.

—Tu padre tiene setenta y dos años y está muy cansado. Ha trabajado mucho, quizá demasiado y eso se paga tarde o temprano. Ha tenido dos infartos… Es verdad que otro hombre menos fuerte que él ya se hubiera muerto, pero el señor Jacob tiene que quedarse aquí. Así que vete olvidando de esas vacaciones, Paul.

El muchacho no dijo nada, pero no estaba de acuerdo con el ama de llaves. Su padre era fuerte como un toro y aún tenía el ánimo suficiente para irse de vacaciones con él. ¡Claro que sí! Y a

pesar de lo que pudiera decir la señora Romy, se irían a pescar a Chilly-Sur-Mer…

Se despidió de la mujer y fue en busca de su bicicleta. El día era espléndido para correr. Tenía pensado ir al bosque próximo, hacer una hora de *footing* y luego darle duro a los pedales. ¡Se había propuesto ganar el Tour y ofrecerle el triunfo a su padre!

Cuando estaba corriendo por el bosque, vio llegar un viejo Renault. El coche se detuvo cerca de donde él se encontraba y se apeó su entrenador, René Chabrol.

—¿Qué tal, muchacho? —saludó René.

—Bien, señor Chabrol… —Paul observó que su entrenador tenía mal color de cara y profundas ojeras—. ¿No se encuentra bien? —le preguntó.

—Sí… sí, es que he dormido mal. ¿Qué tal el viejo Jacob?

—Estupendamente.

—Me alegro. Tu padre es fuerte como un roble. Bien, deja el *footing* y sube a la bicicleta. Hoy quiero que hagas unos cuantos kilómetros. Yo te seguiré en mi coche.

—De acuerdo, señor Chabrol.

Mientras René seguía al muchacho, pensó en el profundo aprecio que sentía por él. Viéndole pedalear se recordaba a sí mismo, en sus mejores tiempos. Paul tenía madera de campeón. Y además era la mejor persona que conocía. Su granja y aquel muchacho lo eran todo para él, las dos únicas cosas que mantenían su ilusión por la vida.

—¡Dale más fuerte! —le gritó.

Observó las musculosas piernas de Paul moviéndose acompasadamente, con un ritmo y precisión casi perfectos.

«En cuanto tenga un poco de experiencia, será el mejor corredor de Francia», se dijo.

—¡Paul!

El muchacho volvió la cabeza.

—¡Aprieta a fondo el acelerador, muchacho! ¡Quiero que llegues a Montignon antes de una hora!

—¡Pero señor Chabrol, hay más de ciento diez kilómetros!

—¿Y eso qué es para un futuro campeón? ¡Adelante! Yo te seguiré.

Quería forzarle al máximo. En el Tour se encontraría con etapas

muy duras y tenía que estar preparado. ¡Oh, si pudiera ganarlo! Entonces, todos sus problemas económicos se acabarían... La Martell les daría una buena gratificación... Pero eso no era posible. Paul no estaba aún preparado para ganar el Tour.

¿O sí?

¡Santo cielo! A lo mejor estaba equivocado. Aquel muchacho era bueno, muy bueno...

René Chabrol empezó a hacer cábalas y mientras observaba correr a Paul con aquel ritmo, aquella fuerza y aquella precisión, se dijo que lo único que le faltaba era experiencia.

Pero él la tenía.

—¡Corre, Paul! ¡Corre más! —le gritó asomando la cabeza por la ventanilla de su coche—. ¡Corre, corre! ¡Duro, muchacho!

A lo mejor estaba animando al futuro vencedor del Tour...

* * *

Por la tarde, después de la comida, René y Paul se sentaron en el pequeño salón que el ciclista tenía en su casa. Chabrol desplegó el mapa con el itinerario del Tour y lo extendió sobre una mesa.

—Mañana voy a tener una reunión con los demás muchachos del equipo —le dijo a Paul— para hablarles a fondo de la carrera. Pero antes quiero hablar contigo a solas. Tienes que mentalizarte de que estás capacitado para ganar el Tour.

La cara de Paul se iluminó.

—¿Lo dice de verdad, señor Chabrol?

—Por supuesto. Reúnes todas las condiciones para ello, pero te falta conocer algunos trucos que yo voy a explicarte. El Tour no lo ganan ni los más veloces ni los más osados, muchacho. El Tour lo gana aquel corredor que es más astuto y más regular, el que sabe dosificarse y conoce perfectamente el itinerario, que sabe dónde puede atacar y dónde no puede hacerlo porque el terreno no se adapta a sus características. Tú no eres un hombre de montaña, tu fuerte está en el llano. De la montaña ya se encargarán otros, por ejemplo Goudard. No es que sea muy bueno, pero es lo único que tenemos. Bien, fíjate en este mapa. Esta línea roja es el itinerario del Tour...

Estuvieron hablando cerca de una hora.

Chabrol le mostró a su corredor los lugares donde podía hacer un mejor papel, incluso ganar. Y también donde debía reservarse.

Después de escuchar atentamente a su entrenador, Paul llegó al convencimiento de que, en efecto, podía ser el vencedor del Tour. A simple vista no le pareció tan difícil y se sentía absolutamente preparado para dar la batalla a los grandes campeones, incluido su ídolo, Hinault.

Se lo confesó a Chabrol.

—Creo que puedo ganar... ¡Oh, sería estupendo!

René encendió un cigarrillo.

—Yo también lo creo, muchacho. Todo el equipo de la Martell se va a vaciar por ti. De eso puedes estar seguro. Van a luchar todos como un solo hombre para que puedas llegar como vencedor a París, al Parque de los Príncipes. Sería un bonito espectáculo ¿no te parece?

—Sería realmente maravilloso —se oyó de pronto.

René y Paul se volvieron. El padre del muchacho estaba junto a la puerta del salón, apoyándose en su bastón y procurando mantenerse erguido. Tenía un buen aspecto.

—Papá... —Paul se acercó a su padre—. ¿Has oído nuestra conversación?

—Sí, y creo sinceramente que no es ninguna locura pensar que puedas ganare el Tour, hijo... Eres el mejor de todos.

—No exagere, Jacob —dijo sonriente René—. Van a intervenir corredores muy buenos... Hinault, Van Moer...

—¡Basura! ¡Todo eso es basura comparado con mi hijo! —el padre de Paul se dejó caer en un cómodo sillón—. Se lo he dicho muchas veces. Él es el mejor, René. El mejor. Nadie tiene su fuerza, ni su velocidad, ni su resistencia...

Chabrol no respondió.

En realidad le interesaba mucho que Paul llegara al pleno convencimiento de que podía ganar el Tour. Si aquel muchacho lo conseguía, sus problemas con Jean Colin habrían terminado e incluso le quedaría el suficiente dinero para seguir jugando...

Así pues su salvación estaba en manos de Paul Gavin.

CAPÍTULO II

Billy el Marsellés tenía buena amistad con Jean Colin, alias el Dandy.

Ambos tenían «negocios» en común y eran tan sinvergüenzas el uno como el otro, pero el Marsellés era un tipo mucho más importante en el mundo del hampa. Se dedicaba especialmente al tráfico de droga lo cual le reportaba grandes beneficios.

Sin embargo, últimamente las cosas no le estaban yendo demasiado bien y toda la culpa la tenía el Comisario Fabré, jefe del departamento antidroga de Marsella.

Billy el Marsellés y Jean Colin, se reunieron aquella mañana a bordo del yate del primero y zarparon del puerto de Marsella para hablar con más tranquilidad.

Pero el Marsellés no las tenía todas consigo. Aquel hijo de perra de Fabré era capaz de haber colocado micrófonos a bordo. Por ello, antes de pronunciar una sola palabra, hizo que sus hombres revisaran de arriba a abajo el yate y solo cuando uno de sus esbirros le comunicó que todo estaba en orden, Billy el Marsellés dejó escapar una maldición y se sintió a gusto.

—¡Así reventara! —naturalmente se estaba refiriendo al comisario Fabré.

Jean y Billy se encontraban en la cubierta del yate, sentados cómodamente a popa con una copa en la mano.

—Te encuentro muy nervioso, Marsellés —le dijo Jean.

—No es para menos. Ese maldito comisario la tiene tomada conmigo. Me sigue a todas partes y así no se pueden hacer negocios, Jean. ¡Sé que su máxima aspiración es echarme el guante y enviarme a chirona por algunos años!

—Bueno, ¿y qué piensas hacer, Marsellés? ¿Quedarte cruzado de brazos?

—Claro que no. Por eso te he pedido que vinieras. Tú eres un tipo con grandes ideas.

—¿De qué se trata?

—Tengo en mi poder un importante cargamento de droga… una

pequeña fortuna, ¿sabes?

—¿Cómo cuánto?

—Cocaína y heroína por más de medio millón de francos.

Jean soltó un silbido.

—¿Y dónde diablos ocultas ese pequeño tesoro Marsellés?

El aludido entornó los ojos pero no respondió.

—¿No te fías de mí? —preguntó molesto Jean.

—Cuantas menos personas lo sepan, mucho mejor, ¿no te parece?

—Creí que éramos amigos...

Billy sonrió.

—De acuerdo. Está en un almacén del muelle, oculto en una caja de naranjas españolas. ¿Satisfecho?

Jean dejó escapar un gruñido y bebió un sorbo de su Martini.

—Bien, Marsellés. ¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó luego.

—Mira, el comprador de esa droga no aparecerá hasta dentro de unos días en París.

—¿Cuántos días?

—Ni yo mismo lo sé. Es posible que diez o doce. O quizá más. Tengo que recibir noticias suyas.

—Demasiado tiempo.

—Eso pienso yo. Y con ese hijo de perra de Fabré pisándome los talones... Si llegara a descubrir ese alijo, sería mi ruina. ¿Comprendes?

—Perfectamente. Pretendes que alguien se haga cargo de la mercancía ¿no es eso?

—Así es. Y he pensado en ti, Jean. Tú te haces cargo de ella y cuando aparezca el comprador, cerramos el trato.

—A ver si lo entiendo... —Colin se puso de pie, se acercó a la baranda y encendió un cigarrillo—. Pretendes que yo la tenga en mi poder hasta cerrar el trato en París, ¿no es eso?

El Marsellés asintió con la cabeza.

—De ese modo no habrá peligro de que el comisario Fabré la descubra —dijo Billy.

Jean expelió el humo de su cigarrillo.

—¿Y cuánto voy a sacar de beneficio?

El Marsellés sonrió.

—Eso es lo que más me gusta de ti, Jean. Vas siempre directo al grano. ¿Te parece bien veinticinco mil francos?

Dandy soltó una carcajada.

—¡Veinticinco mil francos por ser el depositario de un alijo de droga que puede llevarme a la cárcel para toda la vida! —se puso repentinamente serio—. ¿Me tomas por estúpido, Billy?

El Marsellés se sirvió otro Martini y luego miró a su amigo.

—De acuerdo —dijo finalmente—. ¿Cuánto quieres?

—Cien mil.

—¿Qué? —casi aulló el Marsellés.

Se bebió el Martini de un solo trago, se limpió los labios con el dorso de la mano y dijo:

—Ahora eres tú quien me toma por estúpido, Jean. ¡Cien mil francos por guardar un alijo de droga durante unos días! ¿Es que te has vuelto loco?

—Piensa en lo que me juego, Marsellés —respondió tranquilamente Dandy—. ¿Lo tienes en cuenta? Supón que la policía me descubre. ¿Quién crees que iría a la cárcel? ¿Eh? ¡Yo! Mientras tú te librarías ricamente… No amigo, si quieres que me haga depositario de esa droga, el precio es cien mil francos. De otro modo, no hay trato.

El Marsellés gruñó algo. Observó a su amigo mientras este encendía uno de sus famosos puros, soltó un bufido y dijo:

—¿Lo dejamos en setenta y cinco mil?

—De acuerdo.

—Trato hecho —dijo el Marsellés golpeando la espalda de Jean —. Ahora tenemos que discutir cómo vas a sacar la droga de Marsella, estoy seguro de que el comisario Fabré ha puesto a alguno de sus sabuesos a vigilar ese almacén… y es ahí donde entra en funcionamiento tu cerebro ¿se te ocurre algo?

—¡Claro!

—¿Qué?

—¡Convertirme en transportista!

En efecto, aquella misma tarde, un viejo camión conducido por el propio Jean Colin llegaba al almacén donde estaba oculta la droga. Dos empleados del Marsellés, fueron los encargados de cargar las cajas de naranjas en el vehículo. Mientras se llevaba a cabo la operación, Colin observó que había dos tipos en el interior

de un automóvil a pocos metros del almacén.

«Huelen a polis», pensó.

Y no se había equivocado. Eran dos agentes del comisario Fabré.

Aproximadamente media hora más tarde, Jean Colin se alejaba con el renqueante camión llevándose consigo una pequeña fortuna en drogas.

Pero de pronto, tuvo un pequeño susto.

Le estaban siguiendo.

* * *

Mientras, a bastantes kilómetros de allí, René Chabrol mantenía una reunión con los hombres que componían el equipo Martell. Al igual que hiciera el día antes con Paul Gavin, les estuvo contando sus puntos de vista acerca de la carrera y les habló de la posibilidad de que Paul pudiera ganar el Tour.

—No es ninguna idea descabellada, muchachos —machacó Chabrol—. Paul es tan buen ciclista como cualquiera de los que van a intervenir en el Tour. Tiene fuerza, resistencia y velocidad. Pero vosotros tenéis que ayudarle. Sobre todo tú Junot, y tú, Le Brun…

Junot, un pelirrojo de Lyon, era el especialista de la montaña y Le Brun, el más rápido en el llano. Los dos, junto a Paul Gavin, eran lo mejorcito que tenía el equipo de la Martell.

El primero asintió con la cabeza. Era un buen muchacho. Noble y simpático. Chabrol sabía que haría todo lo posible por ayudar a Gavin. Sin embargo Le Brun… Habría que vigilarle. El delgado corredor de Nimes era un mal bicho. Tenía cara de buitre. Era un resentido. Se creía la figura del equipo y no soportaba que lo fuera Paul…

—¿Qué dices tú, Le Brun? —le preguntó Chabrol sabiendo lo que estaba pensando.

—No creo que Paul esté preparado para ganar el Tour.

—¿Tú sí? —preguntó Chabrol con sorna.

—¿Y por qué no?

—A mí no me importaría ayudarte —intervino Gavin.

—¡Nada de eso! —bramó Chabrol—. Se hará lo que yo diga. Todos vais a correr para Paul, ¿de acuerdo? ¡Absolutamente todos! ¡Incluido tú, Le Brun!

Este se encogió de hombros.

—Bien —dijo Chabrol más calmado—. La vuelta comienza pasado mañana. La primera etapa, como casi siempre, será de transición. Pero hay que empezar a tomar posiciones. No quiero que os alejéis demasiado del grupo de cabeza, ¿está claro? Sin embargo, tú, Paul, no quiero que te esfuerces demasiado ese día. Guarda tus energías para más adelante. ¿Alguna pregunta?

Como nadie la hizo, Chabrol dio por finalizada la reunión.

—Nos encontraremos en la plaza Goncourt a las siete de la mañana —les dijo a sus muchachos antes de que abandonaran el pequeño local de la Martell.

Observó a Le Brun mientras este se alejaba con sus compañeros. No estaba dispuesto a que aquel estúpido echase por el suelo todos sus planes, que no eran otros que hacer ganar el Tour a Paul Gavin aunque para ello tuviera que reventarlo.

* * *

El comisario Fabré era un inteligente policía con cara de bulldog.

Tenía cuarenta y siete años, era medio calvo y usaba gafas pero su cerebro era brillante y por eso ocupaba la jefatura del departamento antidroga de Marsella.

Fabré se la tenía jurada al Marsellés, que era uno de los pocos traficantes que habían conseguido darle esquinazo. El comisario sabía que Billy se ganaba la vida con la droga pero no había podido atraparle con las manos en la masa... todavía.

Cuando los dos agentes que estaban de vigilancia en el almacén del puerto le comunicaron que había un camión cargando cajas de naranjas, Fabré arrugó el ceño. Su instinto de policía le dijo que en aquellas cajas había algo más que naranjas, pero naturalmente, no podía probarlo o a lo mejor, incluso, estaba equivocado. No obstante llevaba vigilando desde hacía muchas semanas al Marsellés y sabía que el traficante ocultaba algo en aquel almacén...

Ordenó a los dos agentes que siguieran al camión y media hora después, Fabré recibió una llamada en su despacho de la Rué Velón.

—Ha cogido la autopista de París —le comunicó un agente—. ¿Qué hacemos, comisario?

—No le perdáis de vista. Volved a llamarme dentro de quince minutos.

—Bien, comisario.

Fabré colgó y encendió su inseparable pipa. Algo le decía que el Marsellés se la estaba jugando.

Pero algún día se le acabarla la buena suerte a aquel hijo de mala madre y él estaría allí para recoger sus despojos.

El teléfono volvió a sonar quince minutos después.

—¿Qué sucede? —preguntó Fabré dando una chupada a la pipa.

—Lo hemos perdido, comisario.

—¿Qué? —Fabré se puso pálido.

—Hemos perdido de vista el camión, señor —se escuchó con voz tímida—. Lo siento…

—¿Pero cómo diablos se puede perder un camión en una autopista? —gritó Fabré—. ¿Qué les ocurre? ¿Es que han bebido?

—Comisario… —aquella voz se iba apagando por momentos—. De repente ha hecho un brusco viraje y se ha metido por un desvío… Lo hemos visto perfectamente, señor, pero teníamos media docena de vehículos delante y cuando hemos querido alcanzarle ya era demasiado tarde. Se lo había tragado la tierra…

Fabré dio un violento puñetazo sobre su mesa.

—¡Maldita sea! ¿A quién se le ocurre tener media docena de coches delante?

—Pensamos que… bueno, señor… pensamos que sería mejor así. ¿Quién iba a suponer que…?

—¡Cállese! —bramó Fabré—. ¡Me da usted dolor de cabeza!

—¿Qué… qué hacemos, comisario?

—¡Regresen, malditos inútiles!

Fabré colgó con rabia, se mesó los cabellos y arrojó la pipa sobre su mesa de despacho con un gesto de desesperación.

De una cosa estaba ahora seguro…

Aquel camión transportaba algo más que naranjas. De otro modo, ¿qué motivos tenía para haber hecho aquella maniobra?

¡Tenía que localizarlo costase lo que costase!

Descolgó el teléfono y ordenó que le pusieran con el departamento de transportes.

—¡Necesito un helicóptero antes de tres minutos! —exclamó mientras agarraba su americana del respaldo de la silla.

* * *

Jean Colin, oculto en un bosquecillo, dejó escapar una risita al recordar cómo había logrado darles esquinazo a los agentes. Bajó del camión y echó un vistazo a las cajas. La que contenía la droga, se encontraba hacia la mitad de la pila.

Pensó que ahora ya resultaba muy peligroso conducir aquel camión, así que descargó las cajas hasta encontrar la que ocultaba la valiosa mercancía. Con el pie abrió un boquete en la parte superior de la misma y luego metió la mano. Primero, sus ágiles dedos de jugador tropezaron con algunas naranjas pero poco después acariciaban una bolsa de plástico.

La sacó con sumo cuidado y contempló su contenido. Parecía imposible que aquel insignificante polvillo blanco valiese tanto dinero. Dejó la bolsa a un lado y fue en busca del resto. Cuando tuvo en su poder las cuatro bolsas, las ocultó entre la maleza, bastante lejos del camión y se fue caminando tranquilamente hacia la población más cercana con la intención de alquilar un coche.

Más tarde, regresaría en busca de la droga.

De repente, vio aquel helicóptero.

Colin tuvo un oscuro presentimiento así que abandonó la carretera y se volvió a meter en el bosquecillo. Durante un rato estuvo observando las idas y venidas del aparato y cada vez estaba más seguro de que le estaban buscando a él.

Aquello le produjo cierto nerviosismo y empezó a sudar. Por primera vez lamentó haberse metido en aquel lío, pero le debía algunos favores al Marsellés y no pudo negarse. Pero, ¿de qué le iban a servir los setenta y cinco mil francos que sacaría de aquel negocio si le metían en la cárcel?

Cada vez sudaba más intensamente.

El helicóptero dio un par de vueltas más y se alejó definitivamente.

Entonces, Jean Colin abandonó su escondite y prosiguió su camino aunque no las tenía todas consigo y de vez en cuando miraba en dirección al cielo en busca de aquel helicóptero de color rojo.

Afortunadamente para él, no volvió a verlo pero el susto ya no se lo quitaba nadie.

Dos horas más tarde, siendo ya de noche y conduciendo un viejo Renault modelo 1967 en cuyo portaequipajes había ocultado la droga, se dirigía a la ciudad de Dróme de donde iba a partir el Tour.

Se le acababa de ocurrir una brillante idea.

* * *

Dróme se había convertido en una especie de feria.

Las calles y la plaza mayor estaban abarrotadas de un público chillón y deseoso de contemplar a los más famosos ases del ciclismo mundial y también la primera etapa del Tour, Dróme-Saint-Avignon-Dróme de unos 144 kilómetros.

René Chabrol se encontraba junto a sus muchachos, todos ellos cerca de sus bicicletas y luciendo sus flamantes camisetas de color azul y blanco con el nombre de la empresa patrocinadora.

Paul Gavin estaba siendo entrevistado por un periodista radiofónico, pequeño y nervioso, que hacía preguntas sin parar. Luego, se acercó la televisión. El comentarista era un viejo amigo de Paul. Se llamaba Danis. Era un muchacho simpático y mujeriego.

—¿Es cierto lo que dicen por ahí que vas a ganar el Tour?

—Haré lo posible —respondió Gavin.

—¿Tan seguro estás de tus posibilidades?

—Por completo.

—Con el permiso de Hinault, claro —sonrió Danis.

—Voy a ganar con o sin su permiso —respondió tranquilamente Paul Gavin—. Quiero brindarle este triunfo a mi padre.

—¡Así se habla, muchacho! —exclamó René Chabrol.

La cámara le enfocó a él.

Y mientras el preparador del equipo Martell respondía a las preguntas de Danis, alguien, no lejos de allí, se abría paso entre el público y se colocaba cerca de Chabrol.

Cuando este vio que se trataba de Colin, se puso pálido. ¿Qué había ido a hacer aquel sinvergüenza a Dróme?

Chabrol respondió todo lo amablemente que pudo a las últimas preguntas de Danis y luego se aproximó a Colin.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —le preguntó entre dientes —. ¿Has venido en busca de tu dinero? Pues...

—No te precipites, hombre —respondió amablemente Colin—.

He venido a proponerte un negocio que puede saldar tu deuda conmigo.

—¿Qué clase de negocio?

Colin agarró por un brazo a Chabrol y se lo llevó de allí.

—Será mejor que hablemos a solas —dijo Dandy.

Paul Gavin les observó mientras se alejaban.

CAPÍTULO III

La primera etapa fue un duelo entre los especialistas del llano.

Siguiendo los consejos de René Chabrol, Paul Gavin no se esforzó en exceso. Procuró en todo momento mantenerse a una prudente distancia del pelotón de cabeza, comandado por el belga Vanberger.

Le Brun, su compañero de equipo, tampoco hizo gran cosa.

Le anduvo siguiendo a unas ruedas de diferencia. Paul no confiaba en él. Sabía que a pesar de lo que le había ordenado Chabrol, no iba a ayudarle demasiado y que a la menor oportunidad, haría la carrera por su cuenta sin importarle los demás. Le Brun era un viejo zorro del ciclismo, resentido y envidioso.

Paul observó que Chabrol apenas se fijaba en ellos. Iba pensativo en el interior del coche de la Martell. Parecía como si le importase un rábano lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Y eso extrañó mucho a Gavin porque René Chabrol era de esos preparadores que jamás pierden detalle y que están siempre al tanto de todo.

Un moderno *jeep* descubierto, de color amarillo, perteneciente a la Radio Televisión Francesa, pasó cerca de Paul, Danis iba comentando las incidencias de la carrera mientras un cámara, de pie en el asiento trasero, filmaba la etapa.

Danis le guiñó un ojo a Paul y este le devolvió el gesto. Aquel era un buen muchacho. Y un gran periodista, aparte de su trabajo en la televisión, escribía en Le Sport, un periódico deportivo de París. Gavin recordó de repente algo que había sucedido algunos meses antes. Danis se había visto envuelto en un escándalo ocurrido en la finca de un millonario. La policía irrumpió allí en plena orgía y detuvo a varios personajes importantes de la *jet society* parisina. Danis se encontraba entre aquella gente. En aquel momento, era el amante de una de las invitadas, una famosa modelo llamada Colette...

—¡Vamos, Paul! ¡Dale más fuerte! —la potente voz de Chabrol le arrancó de sus pensamientos.

Gavin miró en dirección a su preparador. René le estaba haciendo gestos con el brazo para que pedaleara más fuerte. Paul asintió con la cabeza y se despegó del anodino pelotón en el que se encontraba. Su mirada y la de Hinault se cruzaron y el gran campeón sonrió. A Gavin le pareció que se estaba burlando de él.

Cuando faltaban unos veinte kilómetros para que finalizara la prueba, Le Brun tuvo la estúpida idea de forzar la marcha.

Chabrol, desde el interior de su coche, bramó:

—¿Qué está haciendo ese loco?

Le Brun se había colocado en tercera posición. Vanberger iba en cabeza.

El preparador de la Martell le ordenó al chófer que apretara el acelerador del coche. Cuando estuvo a la altura de Le Brun, le gritó:

—¿Es que has olvidado lo que te dije? ¡No quiero esfuerzos inútiles! ¡Ya habrá tiempo!

Pero Le Brun no le hizo caso y siguió pedaleando con fuerza hasta alcanzar a Vanberger. El belga volvió la cabeza y cuando vio a Le Brun tan cerca de él, apretó a fondo. Le Brun le siguió a pesar de los gritos de Chabrol.

Pero Vanberger era un magnífico velocista y el corredor del Martell comprendió que no le iba a resultar fácil darle alcance. Sin embargo no se dio por vencido y siguió pedaleando. Ahora ya se trataba de una cuestión de amor propio…

Le Brun miró hacia atrás y vio que el belga y él estaban solos. Aquella era una buena ocasión para llegar triunfador a Dróme y no pensaba desaprovecharla. Haciendo un gran esfuerzo adelantó a Vanberger. Le Brun dejó escapar una sonrisa de satisfacción. ¡Ahora estaba seguro de que la etapa iba a ser suya!

De repente vio aparecer el coche en el que iba Chabrol.

Su preparador, sacando la cabeza por la ventanilla, vociferó:

—¿Es que te has vuelto loco?

—¡Puedo ganar, Chabrol! ¡Y voy a hacerlo!

—¡Tú harás lo que yo te diga! Le Brun no juegues conmigo o te saco del equipo…

Chabrol observó que se aproximaba el coche de la televisión. Danis había olfateado que ocurría algo y se dirigía hacia allí en busca de la noticia.

—¡Por última vez, Le Brun! —gritó Chabrol—. Afloja la marcha.

¿Me has oído?

—¡Sí, maldita sea! —gruñó Le Brun—. Le he oído… —y sus manos se crisparon con fuerza sobre el freno permitiendo que Vanberger le sobrepasase.

—¿Ocurre algo? —preguntó Danis a Chabrol.

Este sonrió quitándole importancia al asunto.

—Nada, muchacho. No ocurre absolutamente nada…

Le Brun masculló algo y empezó a pedalear a ritmo lento. Se sentía furioso porque se daba cuenta de que él y el resto de sus compañeros iban a ser simples comparsas en aquel Tour. Su única misión era la de ayudar a aquel niño bonito de Paul Gavin. ¡Maldita sea! ¡No iba a permitir que el protegido de Chabrol se llevara la mejor tajada y ellos solo los huesos!

Chabrol encendió su pipa. Aquel estúpido de Le Brun le había puesto nervioso, aunque quizá él no tuviera toda la culpa. Se había metido en un buen lío.

Eso era lo que le había puesto nervioso…

* * *

El comisario Fabré recibió la noticia en su despacho.

Un agente entró para decirle:

—Nos acaban de comunicar que han descubierto un camión abandonado en un bosquecillo próximo a Arles.

—¿Y qué? —preguntó Fabré sin apartar la mirada del documento que tenía entre las manos.

—Se trata de un camión con un cargamento de naranjas, comisario.

Fabré levantó la cabeza.

—¿Naranjas?

—Sí, comisario. Y había una caja reventada.

Fabré empezó a atar cabos.

—Creo que han encontrado lo que andábamos buscando —dijo poniéndose de pie.

—Yo también lo creo así, comisario.

—¿Hay algún rastro del conductor de ese camión?

—Ninguno.

—De acuerdo. Vamos para allá. ¿Sabe, Leclerc? Me parece que

cada vez estoy más cerca de echarle el guante a ese sinvergüenza del Marsellés.

Una hora más tarde, el comisario Fabré se encontraba en el bosquecillo, plantado frente al camión, con ambas manos en los bolsillos de su bien planchado pantalón. Leclerc se hallaba a su lado, fumando en silencio.

Un poco más allá, los dos agentes que habían sido burlados por Colin, asentían con la cabeza.

—No cabe ninguna duda, comisario —dijo uno de ellos—. Se trata del mismo camión que salió del almacén del Marsellés.

Fabré miró en dirección a la despanzurrada caja.

—Seguramente la droga iba oculta ahí dentro —murmuró.

—Supongo que sí, comisario —respondió gravemente Leclerc.

—Bien —dijo Fabré al cabo de un rato—. Creo que la cosa está bastante clara, ¿no? El conductor de ese camión se ocultó aquí después de haber burlado a nuestros agentes, forzó esa caja, cogió la droga que había en su interior y se largó.

—¿A pie?

—Era más seguro que seguir con el camión. Se dirigirla a alguna población cercana y allí alquilaría un coche… Bueno, en realidad todo eso no son más que simples suposiciones. De todos modos, vamos a echar un vistazo a las dos o tres ciudades más próximas. A lo mejor tenemos suerte y nos enteramos de la matrícula del coche que ha alquilado. ¿Vamos?

* * *

—¡Si vuelves a hacer la guerra por tu cuenta te las verás conmigo, Le Brun! —vociferó Chabrol.

El preparador de la Martell y el corredor se encontraban en un pequeño saloncito del Hotel Reno, en Dróme. La etapa había finalizado con el esperado triunfo de Vanberger.

—Podía haber ganado… podía haberlo hecho, Chabrol —respondió acaloradamente el ciclista—. Tenía a Vanberger en un puño ¿es que no lo ha visto?

—¡Lo único que he visto es que has hecho un esfuerzo inútil! ¡Maldita sea! ¿Es que no lo entiendes? Ganar o no la etapa de hoy me importaba un rábano. Lo único que de verdad me importaba,

era tomar posiciones, simplemente eso. Le Brun, vas a necesitar todas tus fuerzas para otras etapas más importantes. ¡Tenéis que ayudar a Paul!

—¡Paul! ¡Paul! ¡Paul! —gritó Le Brun—. ¡Por todos los diablos! ¿Por qué tenemos que rompernos por él? ¿Por qué sacrificarnos tanto por un corredor que usted sabe tan bien como yo que aún no está preparado para ganar el Tour?

—Dime una cosa Le Brun… —gruñó Chabrol—. ¿Quién te paga?

—Pues…

—¡Responde!

—La Martell, naturalmente.

—Exacto. ¿Y quién es el director técnico de la Martell?

—Usted.

—Entonces no te queda otro remedio que obedecer mis órdenes ¿no es así?

—Sí…

—Te gusten o no…

—¡Sí!

—Pues recuerda bien lo que voy a decirte… por última vez, Le Brun. Vais a correr todos para Paul. ¿Está claro? ¿Está claro, Le Brun?

—Sí, señor.

—¡Más alto!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Eso es todo. ¡Ahora lárgate!

Cuando se quedó a solas, Chabrol se desplomó en un sofá. Cerró los ojos. Le dolía la cabeza. Terriblemente. Y no había para menos. ¡Aquel maldito hijo de perra de Colin le tenía cogido por el cuello!

—¿No se encuentra bien, Chabrol? —oyó que le preguntaban.

René levantó la cabeza. Danis estaba frente a él con un cigarrillo entre los labios. Aquel muchacho se había olido que ocurría algo entre él y Le Brun. Y era peligroso tenerlo siempre tan cerca. Muy peligroso. Podía llegar a descubrir… Chabrol sintió un escalofrío.

—Me encuentro perfectamente. Danis —respondió René con la mejor de sus sonrisas—. ¿Quieres tomar algo? La Martell invita.

Danis se sentó a su lado y cruzó la pierna.

—No quiero tomar nada, René. Solo quiere que me hable de sus problemas.

—¿Qué problemas?

—Lo sabe tan bien como yo.

—Bueno, si te refieres a Le Brun… Ya le conoces. Es un buen chico pero…

—No me estoy refiriendo a Le Brun.

René se puso a la defensiva.

—Entonces no te comprendo.

—Esta mañana, antes de que comenzase la primera etapa, le he visto en animada charla con Jean Colin, alias *Dandy*. Y todo el que tiene tratos con él, tarde o temprano tiene problemas.

Chabrol guardó unos instantes de silencio. Antes de responder tenía que medir muy bien sus palabras.

—Bueno… Jean y yo somos viejos amigos… Se encontraba por casualidad en esta ciudad y ha venido a saludarme. Eso es todo.

—Jean no se encuentra jamás «por casualidad» en ningún sitio, René. *Dandy* es como la Muerte. Siempre está donde es necesario.

—¡Vaya comparación! —se rio sin ganas Chabrol—. Pero esta vez te equivocas.

—No lo creo. René, siento por usted un gran aprecio. Fue mi ídolo. Y creo que fue también el mejor corredor de su época. Jean Colin no le conviene. En absoluto. Es un canalla.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé. Por mi profesión conozco a mucha gente… Conozco a ángeles y demonios. Colin es un demonio.

—Te agradezco que te preocupes por mí, muchacho —rio amablemente Chabrol—, pero entre Dandy y yo no hay nada censurable. Palabra. Solo simple amistad.

—Me pregunto qué clase de amistad puede haber entre un gran tipo como usted y un canalla como Colin. A no ser que.

—¿Qué, Danis?

—Qué haya caído usted en sus redes.

—No te entiendo —despistó Chabrol.

El comentarista de la televisión se puso de pie.

—Nada… —respondió—. Pero si se encuentra en apuros, hágamelo saber, Chabrol, ¿de acuerdo? A lo mejor puedo ayudarle.

René observó a Danis mientras este se alejaba lentamente en dirección a uno de los ascensores. Ahora ya no le cabía ninguna duda de que tendría que ir con mucho cuidado con él…

Y al pensar en ello, Chabrol sintió otro escalofrío.

* * *

Aquella gatita de piel oscura de diecinueve años, era puro fuego en la cama.

Le hacía gozar como ninguna otra de las que había tenido en su harén particular. Siempre le habían dicho que las negras eran mejores amantes que las blancas, pero Colin se había negado a creerlo. Además, le daban cierto reparo...

Pero ahora... ahora, había cambiado de opinión en todo.

Nuambé, la mozambiqueña, se apartó de su amo. Se separó de él como una gata, con sus mismos movimientos felinos y calculados... Jean acababa de dar el último suspiro de satisfacción.

—¿Te ha gustado? —le preguntó la muchacha.

—Eres genial, Nuambé. La mejor.

—Gracias. ¿Te sirvo algo?

—Un *whisky*. Después de hacer el amor me gusta tomar un *whisky*. Sírvete otro para ti.

Nuambé se dirigió al mueble bar. Sus nalgas se movían como dos piezas armonizadas de ingeniería; sus piernas, largas y esbeltas, eran perfectas y sus senos, pequeños, redondos, duros...

—¿Agua?

—Sí, Nuambé.

Ella regresó a la cama con los dos vasos de *whisky* y tomó asiento junto a su amo.

—Me alegra poder servirte y hacerlo a tu gusto —dijo.

Colin le acarició los duros y oscuros muslos.

—Creo que tú y yo vamos a estar juntos por mucho tiempo, nena —le dijo empezando a beber.

—Nada me alegraría más.

En aquel momento sonó el teléfono. Nuambé saltó de la cama como una pantera de un árbol y se apresuró a descolgarlo. Escuchó durante un par de segundos y luego le mostró t, auricular a Colin.

—Es para ti, cielo.

—¿Quién es?

—Un tal Billy.

Colin encendió uno de sus enormes puros y le hizo un gesto con

la cabeza a la muchacha.

—Vete. Luego te llamaré.

Nuambé se puso una larga bata transparente y desapareció de la habitación.

—¿Sí?

—Jean ¿cómo ha ido todo?

—Perfectamente.

—¿Y la mercancía?

—A salvo.

—¡Bien! ¿La has ocultado en algún lugar seguro?

Colin sonrió.

—Totalmente seguro, Billy. Ni el mejor policía del mundo, sospecharía donde se encuentra.

—Me tienes intrigado...

—Está en el Tour...

—¿Qué?

—Sabía que te sorprendería, Billy...

* * *

El comisario Fabré encendió su inseparable pipa y luego observó al vendedor de coches. Era un individuo regordete y cara de bonachón.

—Sí, aquí está —dijo el vendedor después de consultar su viejo libro de ventas—, ahora lo recuerdo... —cerró el libro y miró a Fabré—. Era un viejo Renault del sesenta y siete. Sí, eso es. Ese es el coche que le vendí a ese tipo.

—¿Cómo era? ¿Lo recuerda?

—Pequeño, nervioso. Tenía cara de tahúr —el vendedor se echó a reír.

—¿Qué nombre le dio?

—Goulart. Alain Goulart.

—Y usted, naturalmente, no se preocupó de averiguar si era ese su verdadero nombre, ¿no es cierto?

El vendedor palideció.

—Bueno, verá... yo...

—Dejémoslo. No es asunto mío. ¿Hacia dónde fue? ¿Lo recuerda? ¿Qué dirección tomó?

—Se dirigía a Dróme.

—¿A Dróme? ¿Cómo está tan seguro?

—Me preguntó qué autopista tenía que tomar para ir allí.

—Dróme…

—Sí, comisario. A lo mejor iba a ver la salida del Tour.

—Está bien, gracias.

Fabré se reunió con sus hombres.

—El tipo se dirigió a Dróme… —les dijo entrando en el vehículo.

—A lo mejor es que le gustan las carreras de bicicletas —observó uno de los agentes. Fabré le fulminó con la mirada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Leclerc.

—¿Se le ocurre una idea mejor que ir a Dróme? —le respondió Fabré echándose hacia atrás en el asiento—. ¡En marcha!

Y cuando el coche arrancó, el comisario Fabré se preguntó porque se le habría ocurrido a aquel tipo dirigirse a Dróme. Que él supiese, se trataba de una pequeña población sin importancia, muy lejos de las rutas más usuales del tráfico de drogas. A no ser que allí le estuviera esperando su contacto…

Recostó la cabeza en el asiento y cerró los ojos.

Y soñó que enviaba a El Marsellés a chirona.

CAPÍTULO IV

Aquella etapa ya resultó más dura.

Bajo una lluvia bastante intensa, los corredores se movían pesadamente por un sinuoso recorrido salpicado de viñedos.

Paul iba en octava posición. Detrás de él se encontraban dos de sus compañeros. Uno era Le Brun, con cara de circunstancias, esperando a que Chabrol les ordenase dar algún tirón. La primera posición la compartían tres corredores del mismo equipo; el Kas español. Pero el grueso del pelotón no se encontraba demasiado lejos de ellos y a la primera oportunidad se lanzarían al ataque.

Pero aún faltaba mucho para que eso ocurriese.

La meta de llegada, en Ardéche, quedaba lejos y como ocurría siempre los corredores se tomarían un respiro hasta que solo quedaran unos pocos kilómetros para llegar allí.

Paul sabía eso y pedaleaba con fuerza pero con calma. La cuestión era no perder excesivas posiciones, mantenerse a la expectativa hasta que llegase el momento del tirón.

Desde el interior del coche, Chabrol controlaba a sus hombres como un pastor su rebaño. Le Brun se estaba portando bien. Y a Paul se le veía con mucha fuerza y seguridad. De repente vio a Danis. Iban delante de él en el *jeep* de la televisión. El periodista le saludó con la mano. Chabrol le devolvió el saludo. Aquel muchacho sospechaba algo. Y tenía que ir con mucho cuidado.

Chabrol se removió inquieto en el asiento. Pocas veces en su vida se había sentido tan nervioso y preocupado. Y no era para menos. Lo que se estaba jugando en aquellos momentos, era algo más que una miserable deuda...

Cuando faltaban menos de veinte kilómetros para la llegada, los ciclistas empezaron a despertar de su letargo.

Los muchachos del Kas fueron rápidamente absorbidos por el pelotón que les iba a la zaga y en el que se encontraba el mismísimo Hinault. Chabrol le hizo una indicación a Le Brun para que se lanzase hacia adelante y el corredor de Lyon se puso a pedalear con fuerza y poco a poco, fue escalando posiciones y acercándose al

grupo de cabeza.

Con su acción había provocado un vacío que aprovechó Paul Gavin para salir zumbando hacia los primeros lugares.

En menos de un minuto, se vio rodeado de rivales.

Quien más y quién menos se había dado cuenta de la maniobra y no estaban dispuestos a que los del Martell se saliesen con la suya.

Pero Gavin estaba pletórico de fuerza y se desembarazó de ellos con gran habilidad. Pasó a Le Brun en dirección al pelotón de cabeza. Le Brun dejó escapar un gruñido de rabia. ¡El niño bonito quería llevarse los laureles del triunfo!

«¡Ojalá pinche!», pensó.

Pero no ocurrió nada de eso. Todo lo contrario.

Gavin se había acercado peligrosamente al grupo de cabeza. Calculó que faltarían unos diez kilómetros para llegar a Ardéche y que disponía de esos diez kilómetros para ganar su primera etapa.

Hoess, el corredor holandés, volvió la cabeza. Era un tipo alto y que pedaleaba con fuerza y precisión. Cuando vio a Gavin tan cerca de él, apretó la marcha, pero Paul ya había calculado eso y se pegó a su rueda mientras su corazón empezaba a latir con rapidez.

¡Había dejado atrás al gran Hinault!

Vio que el coche en el que iba Chabrol pasaba velozmente por su lado y oyó a René gritar:

—¡Animo, campeón!

Aquello espoleó aún más a Gavin.

Decidido a ganar la etapa, aceleró a fondo con una rabia desconocida para él; la idea de un triunfo le nublaba la mente. Estaba seguro de que su padre estarla siguiendo la etapa por la radio. ¡El viejo se iba a llevar una gran alegría!

Miró por encima de su hombro y vio que había dejado a Hoess bastante atrás.

¡Ahora iba el primero! Toda la carretera era para él y a ambos lados de la misma, había numerosos aficionados dándole ánimos.

Paul jamás se había sentido más feliz en toda su vida.

Llegó el primero a Ardéche con bastante diferencia sobre los demás. Era su primer triunfo en el Tour y ahora estaba completamente seguro de que no iba a ser el último.

Chabrol le abrazó con fuerza.

—¡Has hecho una gran carrera, muchacho! —le dijo—. ¡Una

gran carrera!

Danis se acercó llevando tras de él al barbudo cámara de televisión.

—¿Esperabas este triunfo? —le preguntó.

—Yo siempre espero ganar —respondió Gavin.

Paul sintió que le empujaban hacia el podio. Allí le entregaron un vistoso ramo de flores y un par de preciosas muchachas le besaron en las mejillas. Gavin se sentía en aquellos momentos como un gran guerrero que acaba de regresar victorioso del campo de batalla y recibe la admiración de su pueblo.

¿Qué estaría pensando su padre?

Con toda seguridad se encontraría en aquellos momentos delante del televisor viendo a su hijo triunfador...

Aquella idea llenó de orgullo a Gavin.

Buscó con la mirada a Chabrol pero no le vio por ninguna parte.

Últimamente su preparador se comportaba de un modo muy extraño...

Pero en aquel momento René Chabrol tenía algo más importante que hacer que compartir el triunfo de su corredor.

* * *

—¿Colin?

—Sí. ¿Quién es?

—Chabrol.

—¿Ocurre algo?

—¡No puedo soportarlo más, Colin! ¡Tienes que venir a por... la mercancía!

—¡Estás loco! Eso es imposible.

Chabrol se pasó una mano por sudorosa frente.

—Tengo miedo, Jean. Sé que alguien acabará por descubrirlo y será mi perdición.

—No seas idiota, Chabrol. Si haces lo que te he dicho, no tienes que preocuparte por nada.

—No me fío... ¡No me fío! —gimió René.

—¡Escucha, imbécil! —gritó Colin—. ¿Crees que esto es un juego de niños? Además, piensa en lo que vas a sacar. Tu deuda conmigo quedará saldada, ¿qué más quieres?

—¿Y de qué me va a servir todo eso si me meten en la cárcel?

—Nadie te va a meter en la cárcel, René. Tú haz lo que yo te he dicho y todo irá bien. ¿De acuerdo?

Colin colgó el teléfono mientras que Chabrol se quedó con el auricular en la mano mirando como un estúpido en dirección a la puerta del bar desde donde había hecho la llamada. Abandonó la cabina y se acercó a la barra.

—Un Ricard —le pidió al camarero.

—La casa invita —oyó a su lado.

Chabrol volvió la cabeza.

Danis estaba a su lado, sonriente.

—¿Qué pasa? —le preguntó malhumorado René—. ¿Es que has decidido convertirte en mi sombra?

Aquel muchacho empezaba a caerle mal.

Chabrol apuró el Ricard y cuando se disponía a abandonar el bar, se cruzó con un individuo con uniforme de chófer que entraba en el local.

Aquel tipo se dirigió directamente hacia Danis.

—El señor Vincent quiere hablar con usted… —le dijo con voz sombría.

—¿Dónde está?

—Venga conmigo.

Dos calles más abajo había un imponente Mercedes aparcado en una pequeña plaza repleta de seguidores del Tour. Mientras Danis, acompañado por el chófer, se dirigía hacia allí, sintió la tentación de volver sobre sus pasos y enviarlo todo a paseo. Al fin y al cabo, sabía perfectamente lo que le iba a decir el padre de su novia.

El chófer abrió la portezuela del coche para que Danis pudiera entrar. El periodista tomó asiento junto a aquel hombre de cabellos totalmente blancos, nariz aguileña y mirada penetrante. Era un hombre elegante y distinguido, un empresario que no se detenía ante ninguna dificultad. Quizá por eso era uno de los personajes más ricos e importantes de Francia.

—Voy a ir directamente al grano, Danis —dijo *monsieur* Vincent mirando con dureza al periodista—. Te ofrezco medio millón si me devuelves a mi hija.

—La tarifa aumenta cada vez más… —sonrió Danis—. La última vez que estuvimos hablando me ofreció trescientos mil.

—Bueno, ¿qué me dices?

—Lo mismo que hace un mes, señor Vincent. Monique no quiere volver con usted. Pero, ¿es que no lo entiende? Su hija y yo nos queremos, vamos a casarnos. Le guste o no...

—¡Jamás daré mi consentimiento a esa boda!

—No lo necesitamos. Monique es mayor de edad y puede elegir por ella misma.

—¡La desheredaré!

—Ya contamos con eso, *monsieur* Vincent —respondió tranquilamente Danis—. ¿Sabe una cosa? Vivimos muy felices con lo que yo gano. No necesitamos más. Escuche, si quiere un buen consejo, olvídese de una vez de este asunto y hágase a la idea de que su hija y yo vamos a casarnos. Y otro consejo. No malgaste su dinero en buscarla, no la encontrará jamás. Solo yo sé dónde se encuentra.

—¡Voy a destruirte, Danis! —mascullo de pronto Vincent—. ¡Te juro que lo haré!

El periodista sonrió.

—¿De qué modo?

—He averiguado algo sobre ti que conoce poca gente —respondió sombríamente Vincent—. Hasta es posible que ni siquiera mi hija lo sepa...

—No sé de qué me está hablando —dijo Danis con una firmeza que de repente pareció que se esfumaba.

—¡Eres un maldito drogadicto!

Danis palideció.

—Buen trabajo —dijo entre dientes—. Pero ¿de qué le va a servir haberlo averiguado?

—Haré que lo sepa todo el mundo. Será tu ruina profesional y Monique te abandonará. Por lo tanto, usa la cabeza y acepta mi oferta, Dime dónde se oculta mi hija. Si lo haces tendrás medio millón de francos y mi palabra de que nadie sabrá jamás que has estado dos veces en un centro de rehabilitación para drogadictos.

El periodista se pasó una mano por los cabellos. Aquel individuo le tenía atrapado.

—De acuerdo —dijo al cabo de un rato—. Pero tengo que pensarlo.

—¿Cuánto tiempo vas a necesitar?

—Solo hasta mañana.

—Está bien. Mañana nos volveremos a encontrar en Cantal. Pero quiero que sepas una cosa, Danis. No pienso esperar más tiempo. O me dices dónde está mi hija o será tu fin.

En aquel momento, el periodista solo tenía una idea en su cabeza.

Matar a aquel tipo.

* * *

El comisario Fabré anduvo preguntando a uno y a otro por el viejo Renault del 67 y su conductor, pero nadie supo darle razón. En cierto modo era lógico. Aquel día Dróme era una fiesta y la pequeña ciudad estaba repleta de gente. ¿Quién se iba a fijar en esos detalles?

Fabré y sus hombres se encontraban en un café de la plaza mayor. El comisario estaba desalentado. Se le había escapado el pez gordo y su ilusión de meter a El Marsellés en la cárcel, se había ido esfumando poco a poco.

De repente, entró en el café un muchacho de unos veinte años. Vestía muy deportivamente.

—¿Es usted el comisario Fabré?

—Sí, soy yo.

—Mi padre es el propietario de la tienda de deportes que hay en la plaza y me ha dicho que hace un rato ha estado usted allí preguntando algo acerca de un Renault del sesenta y siete...

El rostro de Fabré se iluminó.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Nada, comisario. Pero soy muy aficionado a la fotografía y todo eso. Me gusta filmar cosas... —el muchacho sonrió—. En realidad voy siempre por ahí con una cámara de súper ocho a cuestas... Naturalmente, no podía dejar escapar la ocasión de filmar algo tan importante como el inicio del Tour. ¡Y es que en Dróme ocurren muy pocas cosas importantes pero ayer era una excepción! Así que lo filmé todo, absolutamente todo.

—¿Y...? —preguntó con impaciencia Leclerc.

—Bueno, a lo mejor descubren en alguna de mis películas lo que andan buscando...

Fabré pegó un salto de la silla, exclamando:

—¡Chico, eres un genio!

Diez minutos después estaban todos en el moderno estudio de aquel muchacho visionando las películas que había filmado el día anterior. El comisario y sus hombres no se perdían detalle de lo que estaba ocurriendo en la pequeña pantalla con trípode. Pero hasta el momento, tan solo habían podido ver una gran multitud de gente, a los ciclistas. Eran unas panorámicas preciosas llenas de colorido y de animación pero nada más.

De repente, Fabré pegó un grito:

—¡Un momento!

El muchacho congeló la imagen.

—Miren allí al fondo, junto a esa fuente. Ese coche de color rojo.

—Sí… —murmuró Leclerc—, parece un viejo Renault… ¿No se puede ver la matrícula?

—No —dijo el muchacho—. Lo siento.

La imagen se puso de nuevo en movimiento y al cabo de pocos segundos, uno de los agentes señaló en dirección a la pantalla.

—¡Ese es el tipo, comisario!

—¿Quién?

—¡El que está hablando con ese individuo del equipo Martell! Ese renacuajo… es él, comisario… el que conducía el camión.

—¿Está seguro? —preguntó Fabré.

—Sí, señor. Completamente seguro… ¿no es cierto, Michel? —le preguntó a su compañero. Y este asintió con la cabeza.

—Está bien, muchacho —dijo el comisario después de contemplar de nuevo aquellas imágenes—. Tu colaboración nos ha sido de gran ayuda. Gracias.

Más tarde, una vez en la calle, el comisario le dijo a Leclerc:

—Creo que vamos por el buen camino. Ahora ya sabemos quién es el contacto de El Marsellés.

—¿Quién?

—Está bien claro, ¿no? Ese técnico del equipo Martell. Averigüe cómo se llama.

—Sí, señor.

* * *

Danis procuró por todos los medios que su compañero, el cámara de televisión Roger Philipe, no se diera cuenta de su preocupación e intentó comportarse como si no ocurriese nada. El periodista se mostraba tan alegre y dicharachero como siempre y de vez en cuando les gastaba bromas a los corredores. Pero la profesión iba por dentro…

Si el padre de Monique hacía correr la noticia de que era un drogadicto, y que por dos veces había tenido que ser internado en un centro de rehabilitación, su carrera habría terminado. Pero Danis no estaba dispuesto a permitir aquello y mucho menos a perder a Monique de la que estaba locamente enamorado.

Pero, ¿qué podía hacer para salir de aquella angustiosa situación?

De repente le ocurrió lo que hacía mucho tiempo que no le ocurría; sintió la imperiosa necesidad de inyectarse. Era lo único que podía calmar su excitación y su nerviosismo, solo una vez… solo una… Sin embargo, ¿dónde iba a conseguir la droga?

—¡Eh, Danis! ¿Qué diablos te pasa? —oyó que le preguntaba el cámara—. ¡Te estás perdiendo un gran espectáculo, muchacho!

—¿Qué espectáculo?

—Ese chico, Paul Gavin, está haciendo una gran carrera. Se los ha comido a todos.

Danis volvió la cabeza y vio a Paul pedaleando en solitario con una fuerza y una agresividad increíbles.

—¡A lo mejor hasta gana el Tour! —exclamó el cámara enfocando a Gavin.

—Aún falta mucha carrera —murmuró Danis.

Pero era evidente que aquel muchacho del Martell tenía mucha clase y que no les iba a resultar nada fácil a los grandes ases que participaban en el Tour deshacerse de él.

Danis consultó su reloj. Eran las doce y veinte. Pronto llegarían a Saint-Clovin, una meta volante y lugar de avituallamiento de los corredores. Y a las tres aproximadamente estarían en Cantal. Allí le esperarla el todopoderoso padre de Monique.

El periodista sintió una rabia indescriptible. Ahora, cuando todo parecía ir bien, cuando se había liberado de la droga y había encontrado a una mujer a la que amaba, Vincent se interponía en su camino y le amenazaba con destruirlo.

¡Tenía que hacer algo y pronto!

Mientras tanto, René Chabrol, emocionado por el rendimiento que estaba dando Paul Gavin, no paraba de animarle desde su coche.

—¡Vamos, muchacho! ¡Duro! ¡Duro! ¡Si te lo propones este será tu segundo triunfo!

—Hago lo que puedo, René… —dijo Paul. El corredor tenía el rostro empapado de sudor, lo mismo que sus brazos y sus poderosas piernas.

—Tienes que hacer más que eso, muchacho —exclamó Chabrol —. ¡Tienes que ganar el Tour y puedes hacerlo!

Parte del pelotón apareció a lo lejos. Iban a gran velocidad. No cabía ninguna duda de que pretendían dar alcance a Paul.

—¡Vienen a por ti, muchacho! —le gritó Chabrol—. ¡No dejes que te cojan! ¡Duro y adelante!

Gavin se puso a pedalear con gran fuerza. Era una máquina perfecta y sincronizada. Poco a poco se fue distanciando más y más del pelotón que había iniciado su caza.

Súbitamente, sintió un fuerte dolor en un costado.

Fue un repentino pinchazo que le obligó a enderezar el cuerpo y que le dejó sin respiración. Durante aquellas angustiosas décimas de segundo perdió totalmente el control de su bicicleta y estuvo a punto de precipitarse por un barranco.

Afortunadamente, aquel malestar duró poco y cuando hubo pasado, Gavin volvió la cabeza para comprobar si Chabrol se había dado cuenta de algo. Sin embargo, le tranquilizó observar que su preparador estaba consultando el mapa con el itinerario de la carrera.

Una vez repuesto, Gavin siguió pedaleando con fuerza y llegó vencedor a Cantal.

Pero cuando cruzó la línea de meta entre las aclamaciones de un público enfervorecido, se sentía terriblemente cansado.

Demasiado cansado…

No obstante, decidió no decirle nada de todo aquello a Chabrol.

CAPÍTULO V

Cantal era un hervidero de gente.

La pequeña ciudad se había convertido en una completa algarabía a la que no estaban acostumbrados. Todo el mundo quería ver de cerca a los mejores ciclistas del mundo, todos querían felicitarles, acercarse a ellos, tocarles, hablarles. Las calles estaban adornadas con banderitas, había innumerables puestos de perros calientes, palomitas de maíz y de refrescos.

El chófer del señor Vincent alargó el cuello por entre un grupo de jóvenes que querían fotografiarse con el vencedor de la etapa, un desconocido llamado Paul Gavin...

Buscaba a Danis entre aquel maremágnum de gente y por fin le localizó conversando con unos compañeros de la televisión italiana. El chófer se acercó disimuladamente y se colocó de forma que el periodista pudiera verle. Cuando Danis se dio cuenta, dejó a sus colegas y se aproximó a él.

—El señor Vincent le está esperando —le dijo.

—¿Dónde?

—En el bar del hotel Victoria.

—Está bien. Dígale que le llamaré por teléfono.

—Pero...

—¡Lárguese! —masculló Danis.

El chófer gruñó algo y desapareció entre el público.

Danis necesitaba tiempo para pensar. No quería precipitarse. Era demasiado lo que se estaba jugando.

Se alejó de allí con un cigarrillo entre los labios. Se sentía mal. Muy mal. Necesitaba inyectarse. ¡Oh, Dios! Otra vez aquella sensación de ahogo que le oprimía el pecho... otra vez aquellas ansias de sentir en sus venas el doloroso pero reconfortante pinchazo que le encumbraba más allá de cualquier problema de este mundo y le hacía sentirse distinto, fuerte y poderoso, alegre y sobre todo feliz...

Cuando se hubo alejado lo bastante de aquel bullicio, se sentó en un banco con la cabeza entre las manos. ¿Qué podía hacer? ¿Decirle

a Vincent dónde podía encontrar a su hija y perderla para siempre o no decirle nada y exponerse a un escándalo que terminada con su brillante carrera de periodista?

De repente, al levantar la cabeza, vio a René Chabrol. Caminaba por la otra acera y se metió en un enorme garaje donde se encontraban algunos coches que acompañaban a los ciclistas. En ese momento, Danis se preguntó qué relación habría entre el preparador técnico de la Martell y aquel sinvergüenza de Colin. Bueno, en realidad a él no le importaba. Ya tenía bastante con sus propios problemas.

Necesitaba hablar con alguien y se dirigió en busca de Chabrol. Cruzó la calle y se metió en el garaje.

Vio a Chabrol agazapado en el interior del coche que utilizaba en la vuelta, como si estuviera buscando algo que se le hubiera caído.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó Danis.

Chabrol se volvió con un sobresalto.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —gritó René.

—No te pongas nervioso, hombre... Te he visto y he venido a saludarte.

—Está bien, ya lo has hecho. ¡Ahora déjame en paz!

Danis se encogió de hombros.

—De acuerdo...

Cuando el periodista abandonó el garaje, estaba completamente seguro de que Chabrol ocultaba algo en aquel coche y que tenía que ser muy importante a juzgar por la reacción que había tenido el preparador técnico de la Martell.

Su curiosidad de periodista pudo más que otra cosa y se ocultó en un portal hasta que vio a Chabrol salir del garaje y alejarse calle abajo. Entonces abandonó su escondite y entró en el local. Tuvo que forzar la cerradura del coche con un cortaúñas. Luego, palpó el suelo de la parte trasera del vehículo pero no encontró nada extraño excepto que el asiento se movía ligeramente. Danis echó el mismo hacia atrás y cuando vio las bolsas de plástico con aquel polvillo blanco en su interior, dejó escapar una exclamación de sorpresa.

* * *

—Mañana es una etapa muy dura, muchachos —les dijo Chabrol a sus corredores, reunidos en un pequeño saloncito del hotel donde se hospedaban—, hay un col de mil setecientos metros e infinidad de curvas hasta llegar a Tulle. Pero eso no es lo peor. Según acabo de saber va a haber tormenta. Y eso dificultará aún más las cosas. Quiero que tengáis presente algo muy importante. Los dos Inox tienen a un par de hombres muy fuertes en la montaña, así que les vamos a dejar que hagan su carrera. Nosotros nos lanzaremos al ataque en el tramo llamado de Mûitre, un llano tan plano como la superficie de una mesa de billar y que se encuentra a unos doce kilómetros de la meta. ¡Pero atención! Los Hinault y compañía ya habrán descubierto como las gasta Paul, así que le estarán vigilando estrechamente. Y ahí entras tú en acción, Le Brun. Mañana tienes que hacerles creer a todos que piensas ganar la etapa. En cuanto llegues a ese tramo, lánzate a un violento ataque…

—Sí, sí… —gruñó Le Brun haciendo un despectivo gesto con la mano—, una vez más tengo que hacer de «liebre» ¿no es eso? dejar el camino libre para que nuestro as llegue triunfal a Tulle. Me sé la lección de memoria.

—¿Qué es lo que te pasa Le Brun? —masculló Chabrol—. A veces te portas como un niño. Estás haciendo una gran labor. ¿Por qué diablos tienes que estropearlo todo? El Tour se gana con una labor de equipo. Y tú eres un miembro de ese equipo, con una misión concreta. Así que si no tienes mejor que decir, será mejor que cierres la boca.

Paul Gavin hubiera querido intervenir para anunciar que no se encontraba en condiciones de correr. Le dolía el costado y el dolor era cada vez más intenso y a veces tenía la sensación de que se quedaba sin respiración. Sin embargo, prefirió no decir nada. Pensó que quizá en el momento de comenzar la carrera, se encontraría mejor.

Diez minutos después, los corredores abandonaron el saloncito y Chabrol se quedó a solas. Encendió su pipa y se dejó caer en uno de los butacones. Cerró los ojos angustiado. ¡Aquel era sin duda el peor Tour de toda su vida! Solo deseaba que terminase de una vez para poder deshacerse de aquella maldita mercancía que llevaba en su coche. Y de pronto recordó que aquel periodista había estado a punto de descubrirle. Se preguntó si no habría visto algo. Chabrol

sintió un escalofrío. Ahora tenía otro motivo de preocupación.

Cuando poco después se dirigía a su habitación, se cruzó con un par de individuos que acababan de entrar en el hotel.

Eran el comisario Fabré y su ayudante, Leclerc.

* * *

Danis se sentía eufórico.

El descubrimiento de aquel valioso alijo de droga en el coche de Chabrol, había sido providencial para él. Ahora, después de haber absorbido por la nariz una cantidad suficiente para devolverle la energía que necesitaba, llamó por teléfono al padre de Monique.

—Venga a mi hotel —le dijo Vincent.

—No —respondió—. Hay demasiada gente y me conoce todo el mundo. Prefiero que nos veamos en otro lugar.

—¿Dónde?

—A la salida del pueblo. ¿Le parece bien?

—De acuerdo. Estaré allí dentro de quince minutos.

Y exactamente quince minutos más tarde, Danis vio llegar el lujoso Mercedes del padre de Monique. Aquel era un lugar lo bastante solitaria como para no llamar la atención de nadie. Tenía que ir con mucho cuidado en ese aspecto. No se fiaba de Vincent. En un momento de desesperación era capaz de confesarles a todos que el amigo de su hija, el famoso periodista Alain Danis, era un exdrogadicto.

Vincent bajó del Mercedes y se encaminó lentamente hacia el periodista. El chófer se quedó en el interior del automóvil, con ambas manos sobre el volante.

—Y bien —dijo Vincent—. ¿Ya has tomado una decisión?

—Por supuesto —respondió tranquilamente Danis. Era curioso lo envalentonado que se sentía en aquellos momentos. La droga corría por sus venas dándole fuerza y seguridad—, no voy a decirle donde se encuentra su hija, amigo. No, no voy a hacerlo.

Los ojos de Vincent se tornaron como cabezas de aguja.

—Debes haberte vuelto loco, Danis —masculló entre dientes—. Sabes que puedo destruirte.

—Es posible —sonrió el periodista—, pero no lo hará…

—¡Naturalmente que lo haré!

—No, porque si lo hace también involucrará a Monique, la mezclará en un escándalo del que ella no tiene ninguna culpa.

—¡Eres un hijo de perra! —gritó Vincent arrojándose como un tigre sobre el periodista.

Los dos rodaron por el suelo, en medio de una nube de polvo, golpeándose como salvajes. El chófer salió del coche y corrió hacia allí, maldiciendo.

Vincent conectó un fuerte golpe en el rostro de Danis y este dejó escapar una especie de ronco lamento, pero reaccionó con energía y antes de que el padre de Monique pudiera golpearle de nuevo le dio un fuerte empujón que le obligó a caer violentamente hacia atrás.

Danis se levantó, tambaleándose como un borracho, pero apenas tuvo tiempo de reponerse porque el chófer cayó sobre él como un alud.

Aquel tipo golpeaba con la violencia de una mula en celo.

El periodista recibió un tremendo impacto en el estómago. Se dobló sobre sí mismo y escupió bilis. Luego, recibió otro golpe, este en la sien. Vio miles de lucecitas y todo empezó a girar a su alrededor. Cayó de rodillas, atontado, pero aún tuvo la suficiente energía para agarrar una piedra e intentar golpear con ella al chófer.

Tremendo error.

Aquel energúmeno, era de los que sirven a conciencia a su amo. Agarró el brazo de Danis y se lo retorció como si fuera un alambre. El periodista gimió como si se lo hubiera partido y antes de que pudiera llenar de nuevo de oxígeno sus pulmones, sintió que la frente le estallaba.

Luego, cayó en un pozo oscuro y profundo del que era imposible volver a salir.

* * *

El chófer con una piedra ensangrentada en la mano, miró como un estúpido a su amo.

Vincent estaba pálido como el muerto que tenían delante.

—Lo has matado... ¡Lo has matado! —gimió angustiado.

—Yo... yo no quería hacerlo, señor Vincent... pero no sé qué me ha pasado... de veras... no lo sé.

—¡Cállate, estúpido! —gritó el padre de Monique apartando los ojos del cuerpo de Danis.

—¿Qué... qué hacemos ahora, *monsieur* Vincent? —el chófer estaba a punto de llorar y aún tenía la piedra ensangrentada en la mano, como si no le gustara la idea de desprenderse de ella.

—¡Déjame pensar! ¡Maldita sea! ¡En menudo lío nos hemos metido!

—Creo que lo mejor será llevarnos el cadáver lejos de aquí y arrojarlo por cualquier barranco.

—No es mala idea. Incluso si llegara a encontrarlo la policía podría pensar que se ha caído. ¡Vamos, tenemos que marcharnos de este maldito lugar cuanto antes!

El chófer cogió a Danis por los brazos y el padre de Monique lo hizo por las piernas. Lo metieron en el Mercedes y cuando iban a marcharse, Vincent exclamó:

—¡La piedra!

El chófer se la mostró a su amo.

Aún no se había desprendido de ella.

La arrojó junto al cadáver y arrancaron a toda velocidad.

* * *

La vuelta no se podía detener, pero era evidente que la desaparición de Alain Danis causó un pequeño revuelo entre todos los participantes. Su compañero, el cámara Roger Philipe, no hacía más que exclamar:

—¡Estoy seguro de que le ha ocurrido algo! ¡Hay que buscarle! Lo más seguro es que haya tenido un accidente. ¡Pobre muchacho!

—No dramatices —le dijo Chabrol—. A lo mejor se ha metido en la cama con alguna furcia. Dale tiempo. Ya aparecerá.

Pero las horas fueron pasando y Danis seguía sin aparecer.

—Hay que dar aviso a los gendarmes —dijo Roger Philipe gravemente—. Cada vez estoy más seguro de que a mi compañero le ha ocurrido algo.

—Puede que tengas razón —respondió Chabrol—. Esto empieza a oler mal.

Roger Philipe abandonó el hotel en dirección a la gendarmería. Chabrol se reunió con algunos compañeros para hablar del tema.

Un poco más lejos del grupo que se había formado en el pequeño bar, se encontraban el comisario Fabré y Leclerc. Estaban sentados en el saloncito, fumando tranquilamente.

—¿Por qué no le detiene, comisario? —preguntó de pronto Leclerc.

—Por una razón muy sencilla. Tengo la impresión de que ese tal Chabrol no es más que un enlace y a quién yo quiero echar el guante es al pez gordo, así que vamos a esperar a ver qué sucede.

—¿Significa eso que vamos a seguir el Tour?

—¿No le gustan las carreras de bicicletas, Leclerc? —sonrió Fabré.

—¡Ah, no! ¡Las odio! ¡Lo mío es el fútbol!

—Pues tendrá que aguantarse. De todos modos, Leclerc, hay que reconocer que han elegido un método bastante original para ocultar la droga. ¿No le parece?

—En efecto. Creo que se trata del primer Tour de la droga.

—Es una idea brillante... ¿quién podía sospechar que la mercancía estaba en poder de un técnico de la vuelta, dispuesta para ser entregada en su momento? Si no llega a ser por ese muchacho de Dróme que lo filmó todo, el Marsellés se hubiera vuelto a salir con la suya. Es más listo de lo que yo creía Ahora lo que tenemos que hacer es no perder de vista ni un solo momento a ese Chabrol.

—Así se hará, comisario... —dijo Leclerc apurando su vaso de Ricard.

Roger Philipe regresó poco después y se reunió con el grupo que estaba en el bar.

—Bien, ya está —dijo—. He notificado la desaparición de Danis en la gendarmería. Me han prometido que tendré noticias muy pronto. Ahora voy a llamar a televisión para comunicar lo que ocurre. Alguien tendría que hacerse cargo de las entrevistas.

Chabrol siguió con la mirada a Roger Philipe mientras este se alejaba y de repente, sus ojos y los del comisario Fabré se cruzaron. Este los apartó rápidamente pero no lo bastante como para que Chabrol no tuviera un sobresalto y se preguntara quienes eran aquel par de individuos que estaban en el saloncito. Y es que desde que llevaba aquella maldita mercancía en su coche, desconfiaba hasta de su propia sombra.

* * *

Monique, la hermosa hija de Patrick Vincent, estaba algo inquieta, Danis solía llamarla todos los días, alrededor de las ocho de la noche. Sin embargo eran más de las once y aún no lo había hecho. Se dijo que a lo mejor podía estar enfermo o haber sufrido algún percance, así que llamó ella.

Cuando el conserje del hotel le dijo lo que sucedía, Monique estuvo a punto de sufrir un desmayo. Después de colgar el teléfono, se derrumbó en una silla, con la mirada perdida. No le cabía ninguna duda de que había ocurrido algo grave.

No lo pensó dos veces.

Metió algo de equipaje en una pequeña maleta, bajó al garaje, subió en su coche partió a toda velocidad en dirección a Cantal.

* * *

Chabrol, oculto tras una de las ventanas de su habitación, miraba en dirección a la oscura plaza. No se veía ni a un alma. Sin embargo, en el interior de aquel coche que había aparcado frente al hotel, había un hombre, que de vez en cuando miraba en dirección a la puerta del edificio. ¿Quién era? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿A quién vigilaba? Porque era indudable que estaba vigilando...

Chabrol sintió que un sudor frío le resbalaba por la frente al pensar que pudieran estar vigilándole a él y de repente recordó a aquel par de individuos que había visto en el saloncito...

Se separó de la ventana.

Tenía un mal presentimiento. Algo le decía que las cosas se estaban complicando. No era hombre con experiencia en aquella clase de situaciones. El solo era una vieja gloria del ciclismo metido a técnico de un equipo de segunda fila. Su único vicio era el juego. Pero con ello no hacía daño a nadie... excepto a sí mismo. Pero una cosa era el juego y otra muy distinta la droga y sobre todo estar en tratos con Colín, si es que *Dandy* era el único que participaba en aquel negocio, cosa que dudaba. Quizá sin saberlo se encontraba en las redes de alguna organización internacional de tráfico de drogas. ¡Oh, Dios! ¡Solo pensar aquello le producía escalofríos!

Se le ocurrió una idea.

Llamarla a Colín y le contarla lo que estaba sucediendo. Quizá aquel hijo de perra enviaría a alguien por la mercancía. Sí, era lo mejor que podía hacer…

Descolgó el teléfono.

—Telefonista, quiero el 777-91-42 de París.

Algunos minutos después se escuchó la inconfundible voz de Colín:

—¿Quién llama?

—¿Colín? Soy Chabrol.

—¿Otra vez tú? ¿Qué diablos ocurre ahora?

—Creo que hay problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Han llegado unos individuos que no me gustan. Tengo la sensación de que me están vigilando.

Colín guardó unos instantes de silencio.

—¿Estás seguro? —preguntó después.

—Sí… juraría que sí, Colin.

—De acuerdo. Vuelve a llamar mañana, alrededor de las siete de la tarde. Te diré lo que tienes que hacer.

Después de colgar, Chabrol se sintió algo más tranquilo. Se acercó a la ventana.

El hombre seguía allí.

CAPÍTULO VI

Las cosas no podían ir mejor.

Paul Gavin ya no sentía dolor alguno en el costado a pesar del tremendo esfuerzo que estaba haciendo para escalar aquel *col*.

Iba en novena posición lo cual no estaba nada mal teniendo en cuenta que él no era un especialista en escaladas. Le Brun se había colocado en cuarta posición. Su compañero lo estaba haciendo francamente bien. Marcaba estrechamente a los ases de aquella especialidad intentando arañar todos los segundos posibles.

Hacía una media hora que había empezado a llover y soplaba un viento del norte bastante helado. Quizá demasiado frío para la época en que estaban. Pero Paul prefería correr con frío que con el agobiante calor que corta la respiración.

El *jeep* de televisión pasó muy cerca con Roger Philipe filmando las incidencias de la etapa. El muchacho lo estaba pasando mal puesto que aún no se tenían noticias de Danis. Parecía como si lo hubiera tragado la tierra. El comentarista era ahora un muchacho regordete y algo arisco, que no paraba de mascar chicle.

Cuando se inició la bajada del *col*, Paul Gavin apretó la marcha. Pero no fue el único. Los del Inox, que le iban a la zaga, salieron zumbando en su persecución. Hinault también se dio prisa. Era como si de repente hubiera despertado de un largo letargo y ahora se dispusiera a atacar como él sabía hacerlo.

Gavin se vio rodeado de contrarios.

Pero era de esperar. Después de sus dos triunfos consecutivos, habían empezado a tomarle en serio. Nadie quería brindarle una nueva oportunidad.

El marcaje se había vuelto feroz, tanto que le tenían prácticamente prisionero entre un enjambre de bicicletas.

Paul buscó con la mirada a Chabrol.

Esperaba que su director técnico le hiciera alguna indicación o le diera algún consejo, pero no vio su coche. Era la primera vez desde que había comenzado el Tour que Chabrol le dejaba abandonado a su suerte.

Algo le ocurría al viejo amigo.

Desde hacía algunos días, le veía inquieto. Hablaba poco, parecía preocupado. Tendría que preguntarle qué le sucedía.

Gavin vio un resquicio entre el enjambre de hombres y máquinas y se lanzó a un furioso ataque, pero su escapada no duró demasiado. Le atraparon de nuevo.

De repente, observó que Le Brun se despegaba del pelotón del que había formado parte hasta aquel momento y salía disparando como una flecha. Pero esta vez el truco no dio resultado. Nadie picó en el anzuelo, nadie salió detrás de él. Todos sabían que su misión era la de hacer de «liebre» para Gavin. Era a este a quién tenían que marcar.

Por primera vez, Paul sintió todo el peso de la responsabilidad sobre sus espaldas. Huérfano de los consejos de Chabrol y prisionero de sus rivales, ni siquiera le quedaba el consuelo de confiar en Le Brun. Así que a partir de ahora, tendría que hacerlo todo él solo.

Intentó provocar una nueva escapada, pero no se lo permitieron. Los férreos marcadores del Inox se habían pegado a sus ruedas y no le permitían el menor movimiento de fuga.

Mientras tanto, el pelotón de cabeza, se iba distanciando más y más. Hinault pedaleaba a placer. Gavin sintió una rabia incontenible. Miro a ambos lados. Era como ir escoltado. ¡Aquel zorro de Hinault se había aprendido bien la lección!

Hizo cuanto pudo para provocar una escapada pero le fue del todo imposible. Aquello le desmoralizó y empezó a pensar que no tenía la clase suficiente para luchar dignamente contra aquellos ases del ciclismo.

Sus dos triunfos anteriores habían sido un simple espejismo.

Vio llegar el coche de Chabrol.

René no le dijo nada, no le hizo ninguna indicación. Simplemente se limitó a mirarle como un búho.

Su director técnico también había comprendido que tenía la etapa perdida.

Paul encajó mal aquella primera derrota.

* * *

Cuando por fin lograron desembarazarse de aquel avispero de gente que les estaba esperando en Tulle, de los periodistas y de los caza-autógrafos, entraron en el hotel Carlemagne. Pero allí también les estaba esperando alguien; el sargento Humbert de la gendarmería local. Era un hombre delgado y con cara de malas pulgas.

Plantado en medio del vestíbulo, preguntó:

—¿Alguno de ustedes es Roger Philipe?

El cámara de televisión adelantó un par de pasos.

—Yo soy Roger Philipe, sargento.

—Tengo malas noticias para usted. Ha sido encontrado el cadáver de Alain Danis en un barranco próximo a Cantal.

Se hizo un impresionante silencio.

El cámara de televisión sintió que las lágrimas afluían a sus ojos.

—¿Qué… qué ha ocurrido? —preguntó con voz entrecortada—. ¿Le han dicho algo?

—No, simplemente lo que acabo de comunicarle. No sé nada más. Lo que si les puedo anunciar es que ha abierto una investigación por si pudiera tratarse de un asesinato.

—¿Un asesinato? —preguntó sorprendido Paul Gavin—. ¿Y por qué iba alguien querer asesinar a un tipo tan estupendo como era Danis?

—Por una razón bastante convincente; droga.

René Chabrol sufrió una sacudida. Cada vez que escuchaba aquella palabra, se ponía enfermo.

—¿Qué quiere decir, sargento? —se atrevió a preguntar con un hilo de voz.

—Se han encontrado restos de heroína en uno de los bolsillos de su cazadora. Eso es todo cuanto puedo decirles por el momento. Naturalmente y hasta nueva orden, quedan todos ustedes a disposición de esta gendarmería.

—Eso no va a ser posible, sargento —dijo uno de los directores de carrera—. El Tour tiene que seguir.

—Ya veremos —respondió el sargento y llevándose una mano a la visera de la gorra dijo—. Buenas tardes, señores.

Y abandonó el hotel con la misma pomposidad que un velero surcando el mar.

* * *

Desde la última llamada de aquel imbécil de Chabrol, Jean Colin andaba bastante preocupado. René podía estar viendo visiones, pero a lo peor no era así. Se preguntó si habría cometido algún fallo lo suficientemente claro como para poner a los de la antidroga sobre la pista.

Repasó mentalmente todos los pasos desde que saliera de aquel almacén conduciendo un camión de naranjas. No, no había cometido ningún fallo. A no ser que la policía hubiera descubierto abandonado el camión en aquel bosquecillo… y posteriormente hubieran localizado el lugar donde había alquilado aquel viejo Renault… La policía, sobre todo los de antidrogas, eran listos.

Colín empezó a sudar de angustia. Quizá Chabrol estaba totalmente en lo cierto. Pero, ¿cómo diablos había podido averiguar la policía que René estaba implicado? Eso era lo único que no tenía sentido.

Apareció Nuambé, aquella diosa de ébano que le quitaba la razón cuando se acostaba con ella. Pero en aquel momento, Colín no estaba de humor para meterse en la cama con la muchacha.

—¡Lárgate! —le ordenó Colin con un enorme puro entre los dientes.

—Hay unos caballeros que quieren verte —dijo Nuambé.

Colin entornó los ojos.

—¿Te han dicho sus nombres?

—Uno de ellos es el Marsellés.

Jean se quedó petrificado.

¿Quién habría llevado a aquella sanguijuela hasta su guarida?

—¡Está bien! ¡Qué entren!

Mientras Colin se apeaba del lujoso butacón que presidía su mesa de despacho, se preguntó quiénes serían los otros que acompañaban al Marsellés. A no ser que se tratara de los compradores de la droga que estaba esperando Billy.

Pero se equivocó.

Al Marsellés le acompañaban dos de sus matones.

Y eso no le gustó a Jean Colin. Algo iba mal.

Empezó a sudar.

El Marsellés tomó asiento en un cómodo butacón. Los dos

matones se colocaron cerca de su amo y clavaron sus ojos de asesinos sobre la insignificante figura de Dandy. Este seguía con el puro en la boca, como un estúpido.

—Te advertí que tu plan era malo, Jean —masculló el Marsellés —, y acabo de enterarme de que los de antidroga se encuentran sobre la pista de la mercancía que tiene ese amigo tuyo. Y es el propio comisario Fabré quien lleva el asunto. ¿Qué te parece?

Jean se hizo el tonto. No quiso decirle a su amigo que ya había tenido noticias por el propio Chabrol.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Colín saliendo de su encantamiento.

—Tengo a alguien metido en el departamento antidroga —respondió el Marsellés—. ¿Por qué diablos crees que siempre me he anticipado al comisario Fabré? Bien, al asunto. Hay que recuperar esa droga inmediatamente antes de que sea demasiado tarde. ¿Comprendido?

Colin asintió con la cabeza.

—Y tú te vas a encargar de ello —prosiguió diciendo el Marsellés.

—¿Yo? ¡Estás loco!

Los dos gorilas crisparon sus puños. Colin pudo llegar a oír hasta el crujir de los huesos y sintió que el estómago se le volvía del revés.

—Irás a ver a ese tal Chabrol y recogerás la droga.

—Marsellés, yo ya he hecho bastante. No es asunto mío. ¿Qué pretendes? ¿Qué el comisario Fabré me eche el guante? ¡Ah, no! Te hice un favor, pero de eso a dejar que me metan en chirona…

De repente se vio elevado a un par de palmos del suelo. Uno de los matones del Marsellés le había agarrado por el cuello y lo sostenía en el aire como si fuese una pluma.

Colin tenía el rostro congestionado y pataleaba. Se sentía tremendamente ridículo en aquella postura.

—Jean… —dijo el Marsellés con mucha calma—. Harás lo que te he pedido porque si no lo haces, tengo medios más que suficientes para hacerte desaparecer como si nunca hubieras existido.

—¡Eres un canalla! —balbuceó Colin.

Sintió como si una locomotora le hubiera golpeado de la frente. El puño izquierdo del matón se estrelló en su rostro y salió

despedido hacia atrás, pero sin que aquella bestia le soltara el cuello. Sintió también que la sangre fluía de sus narices y de su boca. Otro golpe igual y no podría soportarlo.

—De... de acuerdo —dijo Colin limpiándose la sangre con el antebrazo—. Haré lo que me pides.

El matón le dejó caer.

Colin se apresuró a servirse un coñac. Le temblaban las piernas.

El Marsellés se puso de pie.

—Una última cosa. Si algo sale mal, quiero decir si esa droga cae en manos de la policía y me quedo sin negocio, lamentarás haber nacido, Colin.

Jean les miró mientras abandonaban su despacho tapizado de color rojo. Se sirvió otra copa y se juró a sí mismo que tarde o temprano le haría pagar al Marsellés el mal rato que le había hecho pasar.

Luego encendió uno de sus enormes puros.

La cara le seguía doliendo como si se la hubiera coceado una mula.

* * *

—¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó Chabrol a Paul Gavin. Su corredor tenía cara de pocos amigos.

—Esta mañana me has dejado tirado en la carretera, René —lloró el muchacho—. No estabas a mi lado cuando más te necesitaba.

—Lo siento.

—¿Es eso lo único que se te ocurre decir?

—Paul, llevo muchos años en esto del ciclismo. Me las sé todas. Y desde el primer momento me he dado cuenta de que no podíamos ganar la etapa de hoy, así que ¿para qué malgastar energías? Hubiera sido una estupidez, ¿no te parece?

—¿Seguro que es eso, René?

—Claro. ¿Qué otra cosa iba a ser?

—No lo sé. Me da la impresión de que has perdido todo interés por el Tour. Sinceramente, hace algunos días que te veo preocupado, ausente. ¿Ocurre algo?

—No...

—¿Estás seguro?

—¡Te he dicho que no, maldita sea!

—Dime una cosa, René, ¿sigues pensando que puedo ganar el Tour?

—Naturalmente. Claro que lo creo, muchacho. Mañana hay una etapa que va a tu medida, ya estudiaremos el modo para que no te «secuestren» como ha ocurrido hoy. Si la ganas, puedes colocarte primero de la general. ¿Qué te parece?

—Sería estupendo.

Se oyó un pequeño revuelo en el vestíbulo. Paul y Chabrol asomaron la cabeza y vieron al sargento Humbert de la gendarmería. Roger Philipe y algunos más se habían acercado a él, ávidos de noticias.

De repente, Chabrol vio también a los dos tipos que ya había visto con anterioridad en Cantal. ¿Qué estaban haciendo en Tulle? ¿Eran simples seguidores del Tour o... le estaban siguiendo a él? René sintió que se ponía enfermo.

—Señores, tengo algo que comunicarles —dijo el sargento—. El inspector Billard de la Prefectura de Correze se dirige en estos momentos hacia aquí para hacerse cargo del caso de la muerte del periodista Alain Danis. Así que les ruego que nadie abandone el hotel. ¿Alguna pregunta?

—Sargento —dijo Pierre Vitart, director de carrera de la Inox—. Supongo que mañana podrá proseguir el Tour.

—Eso tendrá que decirlo el inspector Billard. Pero mucho me temo que habrá algún «pequeño» retraso en la salida.

—¡Pero eso no es posible! —argumentó Vitart—. ¿Qué tenemos que ver nosotros con la muerte de ese periodista?

—Eso es exactamente lo que está por ver, señor —respondió con crudeza Humbert—. Y ahora discúlpenme. Tengo muchas cosas que hacer. ¡Con esto del Tour han puesto la ciudad patas arriba!

Chabrol, hecho un verdadero manojo de nervios, vio que aquellos dos individuos salían detrás de Humbert y que hablaban con él en la calle. ¡Tenía que hacer algo y pronto! Si se abría una investigación podrían llegar a descubrir la droga que llevaba oculta en su coche.

Consultó su reloj. Eran las cinco y media.

Colin le había dicho que le llamara a las siete. Pero lo que

ignoraba en aquel momento, era que Dandy se encontraba camino de Tulle.

* * *

El inspector Billard resultó ser un hombre de fuerte complexión. Tenía la cabeza a lo Yul Brinner y sus ojos, ocultos tras unas feísimas gafas de montura negra, parecían los de una rana.

Se sentía muy importante por estar rodeado de gente tan famosa del mundo del ciclismo. No cabía ninguna duda de que aquel era un caso que podía darle un buen empujón en su mediocre carrera profesional, si lo resolvía adecuadamente.

Estaba en medio de un círculo de personas en el salón principal del hotel. Había visto a Hinault, a Vanberger a Hoess, a Bertoni y también a aquel muchacho que prometía tanto, Paul Gavin. Hacía un calor insoportable.

—Terminaremos pronto —dijo Billard con su voz gangosa—. Sé que todos ustedes desean descansar después de una etapa tan dura como la de hoy, pero también comprenderán que tengo una misión que cumplir, una misión muy desagradable por cierto.

Carraspeó.

—Cuando se encontró el cuerpo de ese periodista, Alain Danis, se pensó que pudiera haber caído por aquel barranco. Un desgraciado accidente puede tenerlo cualquiera. Sin embargo, al registrar sus ropas se encontró restos de un polvillo blanco. Analizado este se descubrió que era heroína.

—Alguien pudo ponerla allí para despistar a la policía —dijo uno de los presentes.

—Buena observación —sonrió Billard—, pero la policía no es tonta y también pensó en esa posibilidad, así que se le practicó la autopsia y se halló heroína en sus vísceras.

—¿Intenta decirnos que Danis era drogadicto? —preguntó Roger.

—Todo es posible, señor.

—Roger Philipe.

—¿Quiere saber mi opinión, señor Philipe? Mi experiencia en estos casos me hace pensar que Alain Danis era drogadicto.

—¡No lo creo! —casi gritó el cámara.

—¿Por qué no?

—Alain y yo éramos grandes amigos y si hubiera sido eso que usted dice, yo lo habría sabido.

Billard hizo una pausa.

—De todos modos —prosiguió dando unos pasos alrededor del círculo—. Ahora poco importa si era drogadicto o no. La pregunta es ¿de dónde sacó la droga?

El inspector levantó la cabeza.

—¿Quién compartía la habitación con él?

—Yo —respondió rápidamente Philipe—, y le puedo asegurar que jamás le sorprendí tomando... eso. ¡Nunca!

—En su equipaje tampoco se ha encontrado droga —dijo Billard —. Ni el menor indicio. Sin embargo, cuando se encontró su cuerpo se descubrió restos en la cazadora y al practicarle la autopsia también en sus vísceras. ¿Cómo se explican eso?

Chabrol cerró los ojos, angustiado.

Empezaba a ver claro. Casi podía adivinar lo que había sucedido. Alain Danis había sacado la droga de su coche. ¡Oh, Dios! ¡Estaba atrapado!

—No cabe duda —continuó el inspector sin parar de dar vueltas alrededor del círculo—, que Alain Danis consiguió la droga o bien a través de algún miembro de los que componen el Tour, o a través de alguien que se la proporcionó en alguna de las ciudades donde se detuvieron. Y esas solo han sido dos por el momento...

—¡Inspector! —bramó el director técnico de la firma Jaguar—. ¿Está intentando decirnos que algún miembro del Tour se dedica a vender droga? ¡Por Dios! ¡Jamás había oído insulto semejante!

—Yo no he hecho una afirmación tan categórica, señor —respondió tranquilamente el inspector—. Pero es una posibilidad.

—¡Eso es una tremenda calumnia! —gritó Vanberger, el corredor belga.

—Jamás me habían insultado de ese modo —se quejó ruidosamente Hoess—. ¡Yo me retiro de este Tour!

—¡Y yo!

—¡Yo también!

—Pueden hacer lo que quieran, señores —exclamó Billard—. Eso es cosa suya. Pero la ley es inflexible. Y más cuando se trata de un asesinato.

—¿Un asesinato? —preguntó estúpidamente Chabrol.

—En efecto. Alain Danis fue asesinado.

Se hizo un silencio abrumador.

—Y supongo que estará pensando que el asesino es alguno de nosotros —dijo sarcásticamente el director técnico de la Inox.

Billard se encogió de hombros.

—No lo sé… todavía —dijo.

—Bien… —intervino ahora Hinault—. Aquí no se ha hablado aún qué va a ser de la carrera. Inspector, usted tiene la palabra. ¿Va a seguir el Tour o no?

—He recibido órdenes al respecto —dijo Billard—. Y el Tour va a continuar. No se puede detener una carrera de tanta importancia y en la que se han invertido tantos miles de francos. Además está el prestigio… el prestigio de nuestro país, se entiende. Si suspendiéramos el Tour se dañarían muchos intereses. Por lo tanto, todo seguirá igual que hasta ahora aunque con una pequeña diferencia…

—¿Qué diferencia? —preguntó Vanberger—. Hable claro, inspector.

—Lógicamente, se tomarán ciertas medidas policiales… y todos ustedes estarán a disposición de la Justicia cuando sea necesario… ¿Me explico?

—¿Quiere decir que seremos sus prisioneros, inspector? —preguntó Paul Gavin.

—Yo no diría tanto —se rio Billard—. Digamos mejor que serán mis «invitados».

De no haber sido por los intereses económicos y comerciales que existían en la más famosa competición ciclista del mundo, todos los presentes habrían abandonado en aquel mismo momento.

Aquel se iba a convertir, sin lugar a dudas, en el Tour más desagradable de los que se habían celebrado hasta entonces.

CAPÍTULO VII

Corrían como auténticos robots, sin alegría, sin ganas.

Todos se sentían vigilados. Lo que había dicho Paul era cierto. Se habían convertido en prisioneros.

La dotación policial había sido triplicada.

Billard iba en un coche oscuro como un ataúd. Se le podía ver a través del cristal antibalas, acomodado en el asiento trasero como un sultán. Todos le odiaban. No tenía ninguna culpa, pero le odiaban.

Los comentaristas procuraban por todos los medios paliar aquella incómoda y extraña situación. Naturalmente ninguno de ellos hacía referencia a lo que estaba ocurriendo, nadie explicaba quién iba en el interior de aquel coche oscuro que aparecía de vez en cuando ante las cámaras. Ni tampoco por qué había más policías.

René Chabrol, que no había podido ponerse en contacto con Colin y eso le había puesto aún más nervioso de lo que ya estaba, ni siquiera se ocupaba de su corredor. De lo único que se preocupaba era de imaginar las consecuencias que podía tener para él el que la policía descubriese lo que llevaba bajo su trasero. Algunas veces había pensado en deshacerse de aquella maldita droga, echarla por cualquier barranco, pero después tendría que enfrentarse con Colin. Y eso tampoco era agradable. Sabía cómo las gastaba aquel renacuajo venenoso.

Paul Gavin no quería perder la ilusión por el Tour. Pensaba en su padre y en la alegría que le iba a dar si lo ganaba, así que se esforzaba al máximo. Quería sacar provecho de aquella situación en su propio beneficio.

Pedaleaba con fuerza, imprimiendo una gran velocidad a todas sus acciones. Solo los corredores del equipo italiano Jaguar le inquietaban de vez en cuando.

Pero Paul sabía que aquella etapa iba a ser suya.

Una etapa sin pena ni gloria...

¡Qué distinto era aquel Tour a lo que había imaginado!

El Tour de la droga...

Y de la muerte.

De repente, un corredor del equipo Madox, una firma holandesa, pegó un tirón y pasó a gran velocidad por el costado derecho de Paul. Este sorprendido por lo inesperado del ataque, reaccionó rápidamente y fue a cazarle.

Pero aquel ciclista, pequeño y fibroso, corría como una centella. Gavin que hasta aquel instante estaba convencido de que aquella etapa iba a ser para él, no se resignó a la idea de desaprovechar una situación tan favorable, así que se lanzó como un bólido tras el holandés.

Ambos corredores quedaron tan distanciados del resto de los ciclistas que pareció que se trataba de otra carrera distinta.

Los comentaristas se esforzaban en animar aún más aquella singular y poco esperada escapada y las cámaras enfocaron a ambos, patentizando el duro esfuerzo que estaban llevando a cabo ambos corredores.

Paul se iba acercando cada vez más al corredor del Madox. Le oía respirar agitadamente, podía adivinar su tremendo afán de victoria, sabía que le iba a ser muy difícil vencerle. Pero aquello le gustaba. Y siguió pedaleando como una fiera, acercándose cada vez más al bravo rival, el cual, de vez en cuando, giraba su sudoroso cuello y miraba angustiado a Gavin con aquellos ojos empañados por el sudor.

Pero Gavin fue implacable.

Le sobrepasó pedaleando con una rabia increíble y mientras corría como alma que lleva el diablo, escuchó los elogiosos comentarios de un periodista italiano.

Aquello le llenó de orgullo y una vez más pensó en su padre.

Y una vez más también, le brindó el triunfo.

* * *

—¿Es ese el hombre? —preguntó el inspector Humbert al comisario Fabré.

—Sí, inspector. Ese es.

Humbert miró disimuladamente en dirección a René Chabrol, que en aquellos momentos se encontraba respondiendo a unas preguntas que le hacía un comentarista de la televisión belga. Paul

Gavin se hallaba a su lado. Llevaba puesto orgullosamente el *maillot* que le identificaba como líder del Tour.

—Tendré que detenerle como sospechoso número uno —dijo Humbert.

—Nada de eso —respondió rápidamente Fabré.

—¿Qué?

—Es mi cebo, inspector.

—Pero…

—Nada de peros. Compréndalo. Hay de por medio una red internacional de traficantes de droga y mi intención es echarle el guante al pez gordo, es decir a un tipo llamado el Marsellés.

—Comisario, ¿se imagina por un momento que a ese tipo le dé por escapar? Yo sería el único responsable.

—No escapará. Dos de mis hombres le vigilan constantemente. Mire, inspector. Estoy esperando que de un momento a otro aparezca algún enlace, alguien que se haga cargo de la mercancía, ¿comprende? En ese momento, actuaremos. Y usted podrá hacer lo que le plazca con Chabrol.

Humbert arrugó la nariz.

—De acuerdo —dijo al cabo de un momento—. Pero sigo pensando que no me gusta.

—Todo saldrá bien, inspector. Se lo prometo.

Después de hablar con los periodistas, Chabrol regresó rápidamente a su habitación. Quería estar solo para pensar detenidamente lo que tenía que hacer. La policía había comenzado a llevar a cabo registros en los equipajes y avituallamientos de los corredores y del personal técnico.

Aquello había armado un escándalo monumental. Nadie quería ser registrado, todo el mundo se consideraba insultado. Pero la policía fue inflexible.

Chabrol descolgó el teléfono y pidió el número de Colin. Unos minutos después, oyó una voz femenina.

—¿Sí?

—¿Está el señor Colin?

—¿Quién le llama?

—Chabrol.

—No, señor Chabrol. El señor Colin ha salido de viaje.

—¿De… de viaje? ¿Sabe a dónde ha ido?

—No, señor.

—Gracias.

Chabrol colgó y se quedó pensativo. ¿A dónde habría ido aquel hijo de perra? Precisamente cuando más le necesitaba le dejaba colgado. ¡Tenía que hacer algo y pronto!

Llamaron a la puerta.

Chabrol supuso que se trataba de la policía, pero no fue así. Era Paul.

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó René con toda la calma que le fue posible.

—He venido para hablar de la etapa de mañana. Es muy importante para mí. Si la gano, me consolidaré como líder. Necesito tu consejo, René.

—Ahora... no puedo, Paul. Más tarde.

—¿Sucede algo?

—No, ¿por qué?

—Estás muy pálido y nervioso.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—¡Diablos, sí! Y ahora vete, te lo ruego.

Gavin miró extrañado a su director técnico y después de asentir con la cabeza, se alejó por el corredor pero al cabo de un momento y aprovechando que René había cerrado la puerta de su habitación, se detuvo. Estaba seguro de que a su viejo amigo le ocurría algo. Algo grave. Jamás le había visto tan inquieto.

De repente, vio que la puerta de la habitación de Chabrol se abría y se escondió.

Un momento después, le estaba siguiendo.

* * *

A Paul le sorprendió ver que Chabrol abandonaba el hotel utilizando la puerta que comunicaba con el jardín. Y se preguntó porque no lo habría hecho por la puerta principal. Era como si temiese que alguien le viera.

Chabrol cruzó el jardín, solitario a aquellas horas, abrió la pequeña puerta enrejada y se alejó por un estrecho sendero de tierra paralelo al hotel.

Paul le seguía a una distancia prudencial, tomando toda clase de precauciones. No quería que su amigo le descubriese. Hubiera sido una situación muy desagradable.

Chabrol llegó por fin a un pequeño local dónde estaban estacionados algunos de los coches del equipo técnico. Antes de entrar en el mismo, echó un vistazo en todas direcciones. Aquella actitud, el comportamiento de René, extrañaba cada vez más a Paul que ahora estaba seguro de que su amigo ocultaba algo.

Intrigado pero al mismo tiempo temeroso de que pudiera tratarse de algo importante, siguió a Chabrol hasta el interior del local y le sorprendió agazapado en la parte trasera de su vehículo, buscando algo debajo del asiento. Inesperadamente y al dar un paso, Paul tropezó con una herramienta que se encontraba tirada en el suelo. El ruido hizo que Chabrol se volviese con los ojos fuera de sus órbitas, pálido y desencajado. Al ver a Gavin, soltó una imprecación e intentó ocultar lo que tenía en una mano, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué es eso, René? —preguntó Paul avanzando hacia él.

—Nada que te importe. ¡Lárgate!

—Quiero verlo.

Chabrol reaccionó como un loco y se abalanzó contra su pupilo golpeándole con saña hasta derribarlo. Luego, jadeante, miró a Paul caído en el suelo, dolorosamente sorprendido por la reacción de su amigo.

—Lo… lo siento, muchacho… de veras que lo siento —dijo Chabrol y le tendió una mano a Paul para ayudarle a que se levantara.

Los dos hombres guardaron unos instantes de silencio. Por fin René hizo un gesto con la cabeza en dirección al coche.

—Echa un vistazo si quieres…

Gavin lo hizo y al ver de qué se trataba se volvió atónito hacia Chabrol.

—Droga… ¡Droga! René ¿qué significa esto? ¡Por Dios, dímelo!

—Es una larga historia, Paul. Le debo algún dinero a un tipo, un mal bicho y a cambio de saldar la deuda que tengo con él me pidió que la ocultara hasta nueva orden. Así de sencillo y así de trágico, muchacho. Porque no sabes lo mal que lo estoy pasando, sobre todo después de lo que ha sucedido con Danis… —Chabrol se llevó

ambas manos a la cara y se puso a gemir.

—Ahora empiezo a comprender de dónde sacó la droga Danis —murmuró Paul.

—Sí… —René se pasó el dorso de la mano por el rostro—. Debió descubrir el escondite… ¡Dios mío! ¡Todo se ha vuelto contra mí! Si la policía llegara a descubrir esa droga, es posible que me culparan a mí de la muerte de Danis. ¡Estoy en un callejón sin salida, Paul!

—Hay que hacer algo.

—Sí, ¿pero qué?

—Deshazte de la droga. Ocúltala en algún lugar dónde la policía no pueda encontrarla.

—Ya lo he pensado, pero ¿y el otro individuo? ¿Y si se presenta de repente y me exige que se la entregue?

—Le dices dónde la has ocultado…

—No es tan fácil. No conoces a Jean Colin. Pensaría que me la he vendido.

—Tendrías que demostrarle que está equivocado. René, lo que no puedes hacer es seguir ocultando la droga.

—No lo sé… no lo sé… —Chabrol estaba completamente abatido.

—Yo me haré cargo de ella, René —dijo de pronto Paul.

—¿Qué?

—La ocultaré en mi maletín. Nadie sospechará de mí ¿no es cierto?

—¡No quiero meterte en ese lío, Paul! ¡No sería justo!

—Está decidido. Es lo mejor.

Chabrol miró emocionado a su pupilo.

—Eres un buen chico…

—No hago más que devolverte uno de los muchos favores que tú me has hecho.

—¿Qué clase de favores, muchacho? Yo no te he hecho ningún favor.

—Sí. Has hecho de mí un buen ciclista, casi un ganador del Tour. ¿Te parece poco?

—De acuerdo —respondió Chabrol—. Haremos lo que dices. Pero ten en cuenta una cosa, muchacho. Piensa en lo que te estás jugando por protegerme. Si te descubren con esa droga, estás perdido. Jamás podrás volver a subir a una bicicleta para tomar parte en una competición. Estarás acabado.

—Lo sé. Pero voy a arriesgarme.

—¡Gracias, muchacho!

* * *

El Puy de Dome resultó ser una etapa durísima.

Los corredores parecían haberse concienciado que eran unos profesionales y que tenían que comportarse como tales. Debían dejar al margen cualquier otro problema que no fuera el de hacer el mejor papel posible en el Tour.

Para eso les pagaban.

Además, había llegado el momento de la verdad.

Atrás quedaban las etapas más o menos duras, más o menos fáciles, pero a partir de ahora todo iba a ser distinto. Se acercaban las etapas difíciles, las que de un modo casi definitivo, iban a decidir quién sería el vencedor de aquel Tour.

Paul Gavin se había dado cuenta de eso.

Los que hasta aquel momento se habían mantenido en un segundo plano, en una palabra los grandes campeones, estaban atacando, despertaban de su estudiado letargo.

Todos se habían puesto de acuerdo para atacar a fondo, para librar una batalla particular. Hinault fue el primero en hacerlo. Su bicicleta se había convertido en un bólido de dos ruedas y en el llano era prácticamente inalcanzable.

El único que le presentaba batalla era Paul.

El muchacho se esforzaba al máximo por hacer un buen papel, para no perder aquel *maillot* amarillo que tanto le había costado ganar. Pero sabía que no le iba a ser fácil.

Los grandes campeones no estaban dispuestos a que un novato les arrebatase lo que consideraban como algo propio.

Además, Paul estaba luchando en solitario. Le Brun había tenido que abandonar a causa de una caída. Los demás componentes del equipo poca cosa podían hacer por él.

Al esfuerzo físico que estaba desarrollando Paul, había que sumarle la tensión nerviosa que significaba llevar en su equipaje aquella maldita droga.

Ahora, le parecía que cada vez que el inspector Humbert pasaba por su lado en aquel desagradable coche oficial, le prestaba mucha

más atención que antes. Era como si el policía hubiera adivinado que la mercancía estaba en su poder.

Sin embargo, Paul hizo un tremendo esfuerzo para olvidarse de aquellos problemas. Tenía que concentrarse en la carrera porque nada, absolutamente nada, estaba perdido.

Chabrol le había aconsejado que no se despegara de las ruedas de Hinault.

Pero aquello no era nada fácil.

El corredor francés corría como un diablo y además tenía siempre a su alrededor a un par o tres de gregarios que cuando detectaban a alguien con intención de molestar a su jefe, se lanzaban en su caza hasta absorberlo.

Sin embargo, no resultaba cómodo mantener a raya a Paul Gavin.

Aquel muchacho con aires de campeón les estaba causando muchos problemas, les obligaba a un esfuerzo tremendo, a un mareaje feroz porque a la menor oportunidad, se escapaba.

Hinault no hacía más que volver la cabeza para comprobar cómo iban las cosas. Y no debían de gustarle porque dejaba escapar algún gruñido de vez en cuando. Y es que sus gregarios no podían con Gavin. El corredor de la Martell había resultado un hueso duro de roer.

Por fin y tras ímprobos esfuerzos, Paul se colocó detrás del gran campeón francés. Pronto se vieron rodeados por los coches de la televisión. Los cámaras seguían paso a paso aquel singular duelo entre Hinault y Paul Gavin, un duelo que nadie pensó jamás que pudiera llegar a producirse porque nadie imaginó que aquel novato pudiera dar tanta guerra.

A medida que se iba acercando a la meta, ambos corredores se distanciaban más y más del resto del pelotón.

Era como si aquel Tour se hubiera confeccionado única y exclusivamente para ellos dos, para su lucimiento personal.

La larga fila de gente que había a ambos márgenes de la carretera les animaban con sus aplausos, premiando de ese modo el tremendo esfuerzo que estaban realizando tanto Hinault como Paul Gavin.

Para el gran campeón francés era una cuestión de honor ganar aquella etapa. No podía permitirse el lujo de salir perdedor en su

duelo particular con un novato. Para Gavin también era muy importante ganar porque ello refrendaría su condición de futuro as del ciclismo.

Cuando entraron en la ciudad de Saint-Étienne, iban materialmente «cosidos» el uno al otro.

Las ruedas de sus respectivas bicicletas casi se tocaban.

El público rugía.

Paul no podía creer lo que estaba viviendo en aquellos momentos. Era mucho más de lo que hubiera podido soñar nunca. ¡Si unas semanas atrás le llegan a jurar que le estaría disputando un final de etapa al mismísimo Hinault, no se lo hubiera creído!

Vio que Hinault se despegaba ligeramente.

Paul crispó sus manos en los manillares, aspiró oxígeno y sus poderosas piernas machacaron los pedales como si pretendieran arrancarlos. Décimas de segundo después, volvía a estar a la misma altura de Hinault.

La línea de meta estaba al final de la larga calle repleta de gente.

Y ambos corrían hacia la misma a una velocidad endiablada, casi entrecruzándose, exprimiendo todos sus músculos del cuerpo para conseguir un mejor esfuerzo.

Paul hizo un último y brutal tirón a costa de sentir como si todo su cuerpo se fuera a desintegrar.

Pero aquello le dio el triunfo.

Por apenas unas décimas de segundo.

Pero cruzó la línea de meta entre los aplausos del público.

Nadie podía creérselo. ¡Un novato acababa de vencer a todo un Hinault en un final de etapa!

Increíble.

Paul se sintió estrujado por la gente. Luego, cuando por fin pudo escapar de aquel maremágnum humano, buscó con la mirada a René pero no lo localizó.

¿Por qué no estaba a su lado para felicitarle?

¿Habría ocurrido algo mientras tanto?

Más tarde, en el pódium de los campeones, siguió buscando a su viejo amigo.

Pero no había ni rastro de él.

* * *

Chabrol acabó de escribir aquella nota, cogió la droga, la metió en un maletín y se dispuso a abandonar el hotel.

Salió a la calle, repleta de público, y se alejó rápidamente en dirección a su coche. Lo había dejado aparcado en una solitaria plaza con porticones. En el momento en que iba a subir al mismo, oyó que le llamaban.

—¡René!

Chabrol reconoció inmediatamente aquella voz.

Era Colin.

Se volvió.

En efecto, aquel hijo de perra estaba a pocos pasos de él sonriendo siniestramente.

—¿Adónde ibas tan deprisa? —le preguntó Dandy.

—Eso ya no importa ahora, Jean. Aquí tienes maldita droga.

Colin le apuntó con una pistola.

—Sube al coche.

—Pero…

—¡Que subas te he dicho!

Chabrol obedeció.

* * *

Paul anduvo buscando como un loco a Chabrol pero no lo encontró por ninguna parte.

De repente tuvo un presentimiento y subió a su habitación. Su presentimiento fue acertado. La droga había desaparecido de su maletín y en su lugar había una nota de René:

> «Paul, después de haber visto cómo has corrido hoy me he convencido de que puedes llegar a ser uno de los mejores ciclistas que ha dado este país. Eres un gran campeón, muchacho. Vencer a todo un Hinault no es empresa fácil y tú lo has hecho en un final de carrera que ni el propio Eddy Merckx podría haber superado. Es por ello que no puedo en modo alguno arruinar tu brillante futuro por mi culpa. Creo que lo mejor es que me vaya de tu lado para no crearte más problemas. Voy a intentar devolver esa maldita droga

a Jean Colin. ¡Buena suerte, campeón! Tu amigo, René».

Gavin estrujó la nota.

¿Qué podía hacer para ayudar a su viejo amigo?

Nada, excepto contárselo todo a la policía.

Pero ¿no comprometería con eso a Chabrol? Si su preparador tenía la suerte de deshacerse de aquella droga, estaría a salvo. Así que lo mejor era esperar acontecimientos.

Bajó al vestíbulo.

Estaba repleto de gente. Cuando le vieron todos fueron a felicitarle.

De repente, entró uno de los periodistas que acompañaban al Tour. Era un muchacho holandés, alto, rubio.

—¿Os habéis enterado de la noticia? —preguntó.

—¿A qué noticia te refieres? —quiso saber Roger Philipe.

—Creo que la policía está a punto de atrapar al asesino de Danis. ¿Sabéis quién lo hizo? ¡René Chabrol!

—¡Eso es mentira! —bramó Paul.

—¿Y tú como estás tan seguro? —le preguntó Roger Philipe acercándosele.

—Lo sé y basta.

Cuando aquella hermosa mujer acompañada de un elegante caballero penetraron en el vestíbulo del hotel, todos enmudecieron.

* * *

El comisario Fabré, Leclerc y sus dos ayudantes y también el inspector Billard, se encontraban en el interior de un automóvil cerca de la pequeña plaza con porticones.

Todos habían visto a Colin apuntar con un arma a René Chabrol y obligarle a entrar en su automóvil.

—¿Por qué no les echamos el guante de una maldita vez? —preguntó muy excitado Billard.

—Calma, inspector —respondió Fabré.

—¡Su sangre fría me pone enfermo!

—¿Qué adelantamos con precipitarnos? Nos limitaremos a seguirles a ver dónde nos conducen. En este momento ya tenemos a

dos pájaros en la jaula ¿no? Esperemos a meter más.

—¡Usted solo piensa en el Marsellés! —exclamó nerviosamente Billard—. Lo único que le haría feliz es poder atraparle, pero todo lo demás le importa un rábano. ¿Ha olvidado acaso que en el interior de ese automóvil se encuentra el asesino de Alain Danis?

—¿Tiene usted pruebas de que ha sido Chabrol?

—La droga estaba en su poder ¿no es cieno?

—Eso no significa nada.

—¡Se alejan! —exclamó de pronto Leclerc.

En efecto, el coche se había puesto en marcha. Colín iba detrás, apuntando con su arma a Chabrol.

—¿A dónde vamos? —preguntó este con cierto temor.

—Sigue conduciendo...

—Colin, no irás a matarme ¿verdad? Yo he cumplido con mi parte del trato.

Jean no respondió.

Asustado Chabrol, le observó a través del espejo retrovisor que tenía enfrente y fue cuando vio al otro coche. Se mantenía a bastante distancia pero René lo reconoció inmediatamente; era el mismo vehículo que había estado usando el inspector Billard. Naturalmente no le dijo nada a Jean, pero se alegró de saber que la policía les estaba siguiendo.

Dandy le ordenó que se saliese de la carretera y que se detuviera en un descampado cercano a un bosque.

—¡Baja!

Chabrol obedeció.

Colin se colocó frente a él, apuntándole con la pistola.

—¿Qué vas a hacer, Colin? —preguntó René sin poder apartar los ojos del negro cañón del arma.

—Voy a liquidarte, René.

—¿Qué...? ¿Es que te has vuelto loco? ¿Por qué vas a hacer tal cosa? He hecho lo que he podido, ¿no? —Chabrol quería ganar tiempo hasta que llegase la policía.

—No es por eso por lo que voy a matarte, René —dijo tranquilamente Jean—. ¿Sabes? mientras venía hacia aquí se me ha ocurrido un plan. Un plan bastante ingenioso. Imagínate que le digo al Marsellés que te has largado con la droga, aunque la verdad es que yo me quedo con ella. ¿Quién sería la única persona que podría

acusarme de haberle robado mercancía al Marsellés? Tú. Por lo tanto, te liquido y saco medio millón de francos del negocio. ¿Qué te parece?

—El Marsellés no se tragará esa historia.

—Eso ya es cosa mía, René.

Chabrol vio que el coche de la policía estaba ya muy cerca. Necesitaba ganar un poco más de tiempo.

—Dandy ¿y si yo te prometiera que no le iría jamás con el cuento al Marsellés?

Jean soltó una risita.

—Es posible que lo hicieras, René. Eres un buen chico. Pero el Marsellés tiene métodos para hacer hablar a las piedras. Sin embargo, si te mato, podré vivir más tranquilo. Bien, amigo. De verdad que lamento tener que hacer esto. Pero no hay otro remedio…

—¡Suelte ese arma! —se oyó de pronto.

Colin se volvió con rapidez y al ver a los policías, corrió hacia el coche. Chabrol se lanzó sobre él para impedírselo pero Jean le esquivó debido a su corta estatura y disparó sobre René. Este, soltó un alarido y cayó al suelo. Afortunadamente, la bala solo le había alcanzado en un brazo.

Colin intentó poner el coche en marcha pero todo fue inútil. Los disparos de los policías le disuadieron. Era demasiada artillería para un solo soldado.

Levantó los brazos con resignación.

—¡Nunca debí meterme en este negocio! —murmuró mientras uno de los agentes le ponía las esposas.

* * *

El Marsellés estaba comiendo en su restaurante favorito, situado cerca del puerto. Hacía un par de días que no tenía noticias de aquel estúpido de Colin. ¡Oh, si la mercancía se había perdido o le había ocurrido algo, le cortaría los testículos! Nadie le hacía perder un negocio de medio millón de francos. Pero toda la culpa era suya por haber confiado en aquel retrasado mental.

De repente, cuando vio entrar al comisario Fabré, tuvo uno negro presentimiento.

Los dos matones, que se encontraban cerca de su amo, miraron a este en espera de órdenes, pero el Marsellés les hizo una indicación con la cabeza para que no se movieran de donde estaban.

El comisario tomó asiento en la misma mesa que el Marsellés y encendió tranquilamente su pipa.

—¿Qué le trae por aquí, comisario? —preguntó Boby.

—¿Tú qué crees? —respondió Fabré.

—Otro de sus registros ¿eh? Ya me tiene hasta allí, comisario. No va a encontrar nada. Absolutamente nada. Estoy limpio.

—¿Estás seguro?

—Compruébelo usted mismo. Pero antes déjeme ver el permiso de registro. No me fio de usted.

—No traigo ningún permiso, Marsellés —dijo el comisario expeliendo el humo de la pipa—. No lo necesito para detenerte.

El Marsellés se puso repentinamente pálido.

—¿Detenerme? ¿De qué está hablando? ¿De qué me acusa? Ya sabe que hace mucho tiempo que intenta eso pero nunca ha tenido pruebas contra mí.

—Ahora sí las tengo.

—No me haga reír.

El comisario Fabré chasqueó los dedos y apareció Leclerc llevando por un brazo a Colin.

El Marsellés empezó a sudar.

—¿Te parecen pruebas, suficientes? —le preguntó Fabré.

—¡Siempre has sido un pobre hombre, Colin! —exclamó despectivamente el Marsellés—. ¡El error más grande de toda mi vida, fue confiar en ti! ¡Ojalá te pudras en la cárcel!

—Creo que vamos a pudrirnos juntos, amigo —respondió entre dientes Colin.

Cuando poco después, el comisario Fabré vio entra a él Marsellés en el coche celular, dejó escapar un suspiro de satisfacción.

Aquel era, sin duda, el día más feliz de su vida.

EPÍLOGO

Chabrol fue condenado a dos años de prisión por encubrimiento.

Afortunadamente para él, se vio libre del cargo por el asesinato de Alain Danis gracias al testimonio de Monique, por el cual fue interrogado su padre el cual acabó confesando lo que había ocurrido.

Fueron dos años muy duros en la vida de René.

Los más duros de toda su vida.

El día que lo pusieron en libertad, sintió deseos de llorar.

Se dirigió a Melun en tren y al llegar a su pequeña granja, empezó a experimentar de verdad la sensación de que, al fin, volvía a ser un hombre libre.

Pero, ¿qué iba a hacer ahora?

Lo ocurrido en aquel Tour, el llamado Tour de la droga, había manchado su brillante historial como deportista.

Nadie, absolutamente nadie de la profesión, le iba a dar trabajo. Al menos el único trabajo que él sabía hacer y que era preparar, a futuros campeones de ciclismo.

Como había sido el caso de Paul.

Su máximo orgullo.

Sin duda en aquellos dos años, se había convertido en el mejor ciclista de Francia. Había ganado un Tour y un Giro y hacía unos pocos años, apenas sabía ir en bicicleta. Él se lo había enseñado todo, absolutamente todo...

Oyó un ruido en el exterior y asomó la cabeza por la ventana de la pequeña cocina.

Paul Gavin había descendido de un lujoso automóvil y se dirigía hacia la granja. René corrió a abrir.

—¡Paul!

—René...

Ambos hombres se abrazaron.

—Entra... —le dijo René con lágrimas en los ojos.

Una vez en el saloncito, Chabrol le dijo a su expupilo.

—Ya me he enterado de tus triunfos, muchacho. Te anuncié que

llegarías a ser un gran campeón.

—René, quiero que vuelvas conmigo —dijo Paul.

Chabrol tuvo la impresión de no haber oído bien.

—¿Qué acabas de decir, muchacho? ¿Quieres que vuelva a tu lado?

—Eso he dicho.

—¡Tú debes haberte vuelto loco! Ahora eres un gran campeón, el mejor ciclista de Francia… ¿para qué me necesitas? Además, ahora soy un hombre marcado, Paul.

—Voy a decirte algo, René —dijo Gavin—. En primer lugar, te necesito porque para mí sigues siendo el mejor técnico del mundo. En segundo lugar, me importa un rábano que seas un hombre marcado. Para mí no lo serás nunca. Y en tercer lugar, sigues siendo mi mejor amigo. ¿Te parecen pocas razones para que te pida que vuelvas a mi lado? Bueno, ¿qué me respondes?

—¿Qué quieres que responda, muchacho? ¡Que acepto!

Y los ojos de René Chabrol se iluminaron.

¡Volvía a su mundo!

¡El mundo del ciclismo!

FIN

Colección TAM-TAM

Editorial Ceres brinda a sus fieles lectores la Colección TAM-TAM, destinada a todos los amantes de la aventura, en cuyas novelas encontrarán los temas más interesantes, en exóticos ambientes, donde el sexo, la violencia y la acción trepidante toman carta de naturaleza.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. EN BUSCA DEL ESLABÓN PERDIDO. Curtis Garland
2. DOS HOMBRES, UNA MUJER Y UN TESORO. Alan Parker
3. EXTRAÑO SAFARI. Rocco Sarto
4. MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA DE LA MUERTE. Alex Simmons
5. FLORES DE HIBISCO. Lou Carrigan
6. SANGRE EN EL OCÉANO. Elliot Dooley
7. INFIERNO VERDE. Lucky Marty
8. EL LAMA NEGRO. Ralph Barby
9. CAZAD A LOS FURTIVOS. Alex Simmons
10. CORTADORES DE CABEZAS. Alan Parker
11. LA CIUDAD PÉRDIDA. Joseph Berna
12. LA BESTIA AGUARDA. Rocco Sarto
13. LA CAJA NEGRA. Lou Carrigan
14. DIAMANTES NEGROS. Lucky Marty
15. POR EL CURSO DEL ARAGUAYA. Bab Fleming
16. EL MISTERIOSO «BIGFEET», Alex Simmons
17. PALOMAS SIN PALOMAR. Lou Carrigan
18. EL PUENTE EMBRUJADO. Elliot Dooley
19. LAS JOYAS DE LA PAGODA. Bab Fleming
20. LOS OJOS DE LA IGUANA. Curtis Garland

TÍTULOS DE PRÓXIMA APARICIÓN

21. CERCA DE BABILONIA. Lou Carrigan
22. KALI, EL PIGMEO. Alex Simmons
23. SANGRE Y DIAMANTES. Alan Parker

24. ARENAS DE MUERTE. Lucky Marty
25. MADRUGADA FATAL. Rocco Sarto
26. PROVISIONALMENTE VIVO. Lou Carrigan
27. EL ALMA DE LA COBRA. Alex Simmons
28. LA MUERTE TOMABA EL SOL. Lucky Marty
29. ORO ROJO. Ronald Mortimer

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España